

VICTORIA SAU

El vacío de la maternidad

Madre no hay más que ninguna

76

Icaria  Antrazyt



EL VACÍO DE LA MATERNIDAD



VICTORIA SAU

EL VACÍO DE LA MATERNIDAD

MADRE NO HAY MÁS QUE NINGUNA

Icaria  Antrazyt .

*La presente obra ha sido editada mediante ayuda
del Instituto de la Mujer*

Diseño de colección: Josep Bagà
Fotografía de la cubierta anterior: Pilar Aymerich
Fotografía de la cubierta posterior: Colita

© Victoria Sau
© de esta edición:
ICARIA editorial, S.A.
Ausiàs Marc 16, 3r. 2a. / 08010 Barcelona

Primera edición: 1995
Segunda edición: 2004

ISBN: 978-84-7426-239-1
D.L. B-40785-2004

Impreso en Publidisa
Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.

ÍNDICE

Introducción	7
I. Fagocitación	11
II. Ángela ofrenda	19
III. Fuentes de evidencia	21
1. Voces en la sombra: las hijas	23
2. Voces en la claridad: las/os profesionales	28
3. Voces esquizoides: los hijos	33
4. Evidencia lingüística: las palabras	41
5. Evidencia histórica: la línea judeocristiana	50
6. Evidencia histórica: línea griega. La última vez que nuestra madre habló	62
IV. Después de la tragedia	83
V. La maternidad «post facto»	91
VI. ¿Dónde estabas, madre?	95
VII. La impostura	97
VIII. Reconciliación	107
IX. El futuro es mujer	115
Bibliografía	123

INTRODUCCIÓN

Podría decirse que este libro se puede comparar a una ría. El río se acerca a su desembocadura al mar (que es el morir, como dijo el poeta) del mismo modo como el conocimiento hace su andadura fluyendo desde un determinado punto de partida hasta un horizonte en principio lejano pero al que hay que llegar porque allí desembocan las ideas, instrumentos del conocimiento, parecido éste a un vasto mar. El trayecto ha tenido que ser racional, que no quiere decir rectilíneo. Son, al contrario, las curvas (como la de forma de ballesta que sigue el Duero en Soria), los meandros, e incluso el intermitente fluir subterráneo como el que da lugar a los «ojos» del Guadiana, los que dan fe de que no se han regateado esfuerzos y de que el pensamiento se ha entretenido en el camino re- tozando con los datos, cargando con ellos a veces pesadamente, maldiciendo incluso de los mismos por haberse hecho a menudo inescrutables o resultar en exceso prolijos y dolorosos.

El punto de partida tuvo lugar, sin ser entonces consciente de todo lo que vendría después, hace poco más de veinte años, al enfrentarme a un párrafo de Simone de Beauvoir contenido en el tomo I de *El segundo sexo*, y que dice así:

El guerrero pone en juego su propia vida para aumentar el

prestigio de la horda, del clan al cual pertenece. Y, de ese modo, prueba brillantemente que la vida no es el valor supremo para el hombre, sino que debe servir a fines más importantes que ella misma.

El hombre se eleva sobre el animal al arriesgar la vida, no al darla: por eso la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata y no al que engendra.¹

Se apoya poco después Beauvoir en la dialéctica del Amo y el esclavo, de Hegel, para, aplicada ésta a las relaciones mujer/hombre añadir:

La mujer es originalmente un existente que da la Vida y no arriesga su Vida; entre el macho y ella nunca ha habido combate; la definición de Hegel se aplica singularmente a la mujer.²

Estas palabras, como una piedra que ha rodado desde lo alto hasta el camino y no permite continuarlo, fueron un obstáculo y a la vez un acicate para desmentirlas:

¿Cómo era posible que dar la Vida no fuera un riesgo; un riesgo, además trascendental? Riesgo de muerte, por supuesto, como está demostrado a través de toda la historia de la humanidad. Riesgo de enfermedades asociadas; riesgo de secuelas físicas a corto, medio y largo plazo. Pero, sobre todo, riesgo por establecer un compromiso tan fuerte, el más fuerte, con otra persona por mor de esa donación significativa. Riesgo por el paso de un ser solo, aislado, solitario, que no tiene que rendir cuentas más que a sí mismo, a un estado relacional, comunicante, cuajado de responsabilidades.

Por otra parte la propia Beauvoir está en la línea de quienes opinan que el patriarcado es un acontecimiento histórico y no un fenómeno de la naturaleza. ¿Cómo se explica pues que no hubiera

1 S. de Beauvoir (1949) *El segundo sexo*. Trad. cast. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1970, t. I, 90.

2 Op. supra. 91.

combate? ¿Y cómo se explica que la maternidad no sea un factor estructurante de la cultura precisamente por tratarse de un *dar* sin *arriesgar*?

Quizá estas preguntas estaban implícitas en las publicaciones anteriores de quien firma este libro, y la respuesta sea una destilación de las mismas, además de muy sencilla y muy breve: el combate no fue del estilo del que enfrenta al hombre contra el hombre, y el resultado para la parte vencida fue que LA MATERNIDAD NO EXISTE.

Las páginas que siguen intentan demostrarlo.

El método seguido es el de alternar la teoría, aquello que da cuerpo al modelo explicativo, con la presentación de «pruebas», sean estas personales (aunque de figuras relevantes, susceptibles de ser reconocidas por todos), sean de profesionales, históricas, etc. El número de citas, por lo tanto, no es casual sino voluntario. Ni están todas las, por mi parte, disponibles (para no agotar la paciencia de quien lea (ni están todas las que son, como es obvio. He juzgado que en función del tema de que se trata, eran las necesarias y suficientes.

Todas las citas en lengua extranjera, generalmente en francés original o en inglés traducido al francés, han sido traducidas al castellano en una versión *ad hoc* de la autora para facilitar la difusión y divulgación de las ideas. En cada caso esto se advierte en el texto.

En cuanto a la Bibliografía, esta no es exhaustiva ya que ello requeriría un libro aparte, sólo de referencias bibliográficas comentadas que podría remontarse en el tiempo a la *Epopéya de Gilgamesh* y llegar hasta todo lo escrito en el presente acerca de las nuevas técnicas de reproducción humana. Cuando el libro citado se encuentre en la bibliografía sólo constará autor/a, año y el número de página de la traducción si ha sido usada en lugar del original.

El paradigma o modelo desde el que se aborda un objeto de estudio es importante para entender el texto: cómo se posiciona quien investiga. La mirada en este caso es de hija. Como podría

serlo de hijo. No es seguro que todas las mujeres sean madres o vayan a serlo un día; ni que todos los hombres sean padres o lleguen a serlo. Pero en cambio sí que es universal que todo ser humano viviente, de cualquier edad, sexo y condición, ha nacido de mujer y es hija o hijo. Y es la universalidad de esta mirada y su derecho a ver lo que ha inspirado estas páginas.

V.S.S.
Barcelona, 1994

I. FAGOCITACIÓN

De *fagocito*: De las raíces *fag*, comer, y *cit*, célula. «Célula emigrante que existe en todos los organismos, la cual tiene la propiedad de englobar y digerir cuerpos extraños, especialmente microbios.» (María MOLINER, 1984, *Diccionario de uso del español*.)

El patriarcado responde a este símil: en un momento dado del devenir humano el hombre aumenta de tamaño y se comporta como la célula emigrante: engloba, engulle y hasta digiere el cuerpo extraño, la Madre. Esta, fagocitada, queda reducida a madre mientras la célula devoradora asciende a la categoría de Padre.

La metáfora biológica cuenta con versiones aparentemente más plausibles, tales como «violación de la madre primordial» y/o «matricidio primitivo.»

En el primer caso se trata de violar, si no el derecho materno, sí al menos un orden social que tomaba a la mujer-Madre como referente de todas las cosas y en el que no había poder de un sexo sobre otro.

En Oriente Medio, nos dice Amaury Riencourt (1974), la Madre Tierra era supuestamente creadora por partenogénesis sin necesidad de ser fecundada por una entidad masculina, y esta creencia perduró hasta bien entrada la era clásica de Grecia.

En este simbolismo matriarcal de la Edad de Bronce no había lugar para el pecado original ni para la cólera divina ni para una divinidad todopoderosa; los dioses masculinos eran sólo hijos, después promovidos a consortes de las Grandes Diosas¹

En cierto sentido, *el hombre no había nacido todavía*. Ellos se relacionaban mediante las madres, no mediante los padres.

Sería mejor considerar que en este período la vida se encontraba en una fase prenatal: el hombre continuaba aún participando, directamente, en una vida que no era la suya propia, en una vida *cósmico-maternal*.²

El conocimiento del protagonismo físico en la procreación debió de dar a la vida del hombre otro sentido. Quizá le hizo ya *un nacido*, siguiendo la metáfora de Mircea Eliade, puesto que la ignorancia de antes era a la vez su incompletud. Dicho de otro modo, *la mujer supo de sí misma* antes, y la vida social se había organizado alrededor de este único *saber*. El reciente y nuevo saber obligaba a un reajuste y es lógico que supusiera algún cambio. Pero este cambio, dice Riencourt, fue enorme en el aspecto psicológico. «Y se desintegró la hasta entonces prevaleciente visión femenina del Mundo.»

Con anterioridad a M. Eliade fue un psicoanalista heterodoxo, Gregory Zilboorg (1944) quien «explica» cómo debieron de suceder las cosas; el hombre, dice, «no pertenecía a parte alguna» (en tanto que varón diferenciado de mujer). La selección sexual natural controlada sólo por la mujer hasta entonces había hecho de él, en genérico hombre, un individuo fuerte y sano, con impulsos sexuales fuertes y vigorosos. Consciente de su implicación en la procreación y seguro de su fuerza, se atrevió un día a dominar a la mujer y violarla. Esta «violación primordial» es para Zilboorg anterior al parricidio primitivo en el que Freud sitúa el comienzo

¹ A. Riencourt, 1977, 57.

² M. Eliade (1958) *Patterns in comparative Religion*, 244. Citado por Riencourt, 1977, 62-63.

de la cultura. El ataque a la mujer ni siquiera estuvo motivado por el deseo de fecundarla o ansia de paternidad: éste es un desarrollo cultural posterior. A la sexualidad masculina propia de ese período (marcado incluso por el infanticidio) Zilboorg lo denomina sexualidad orgánica. Dicho de otra manera, descarga sádica de impulsos no desarrollados ni orientados todavía hacia estadios mentales y afectivos de orden superior. (Que la psicología clínica sigue encontrando con demasiada frecuencia en hombres actuales).

Esto permite entender que la toma de conciencia masculina, su *saber de sí mismo*, no sólo es posterior al de la mujer sino que además irrumpe *contra* ésta, y lo que podía ser un diálogo con ella se transforma en brutal posesión.

Otros cambios había habido en el devenir de los humanos antes del asalto a la mujer. El lenguaje, el paso de lo crudo a lo cocido, la domesticación de animales y el desarrollo de la agricultura, por no poner sino unos pocos ejemplos debieron provocar «sacudidas» culturales de importancia. Pero en esta ocasión se trataba de un problema interno de la especie humana, un problema intraespecie. Si los hombres habían de mantener la posición cimera conseguida a raíz del asalto, tenían que abolir un aspecto de la cultura primitiva que no podía ser absorbido, era contradictorio con la nueva situación. Ese aspecto, escribe R. Eisler (1987), «era el núcleo sexual y socialmente igualitario y pacífico del anterior modelo solidario de sociedad.»¹ Para consolidar el poder de los nuevos gobernantes era necesario:

- 1) Despojar a las mujeres de su poder de toma de decisión.
- 2) Privar a las sacerdotisas de su autoridad espiritual.
- 3) Sustituir el matrilineaje por el patrilineaje.
- 4) Basar el sistema socioeconómico en la jerarquización.

Hasta aquí los cuatro puntos señalados por Eisler (op. cit.) pero que convendría ampliar y matizar: los hombres empiezan a rivalizar entre sí por tener el mejor lugar (jerarquización) en esa cima recién alcanzada. Y ello comporta el *robo*. Robo de ganado, robo

¹ R. Eisler, 1990, 102-103.

de tierras y robo de mujeres. Todo posible porque ni ellos en tanto que hijos, ni las mujeres avasalladas en tanto que hijas, cuentan con un poder materno capaz de impedir la felonía de los primeros y la humillación de las segundas. La Madre ha muerto, ¡viva el Padre!

Es probable que, al estilo de como lo hicieron más tarde las Sabinas, las primeras generaciones de hijas sin Madre pero con el recuerdo vivo de la misma, les negaran a los hombres por rebeldía su maternidad, bien haciéndose estériles, bien practicando el aborto, bien el aborto diferido o infanticidio perinatal. Las Sabinas acabaron siendo madres a latigazos de sus raptos como probablemente las primeras generaciones de mujeres nacidas en el nuevo orden. Al menos así ocurrió en el futuro y hasta nuestros días, como lo avala la historia: la incapacidad jurídica de las mujeres para decidir libremente ser o no ser madres. ¿Por qué, sino, la posibilidad de interrumpir un embarazo ha sido materia legislativa, judicial y ejecutiva sólo de los varones durante milenios? ¿Y del poder religioso? ¿Acaso las escasas mujeres que quisieron actuar por cuenta propia no fueron castigadas con la tortura, la prisión y la muerte? La deglución de la Madre por parte del Padre convierte a la Madre en madre-función-del-Padre o $[m = f(P)]$. De ahí que no sea ninguna paradoja que para recuperar los fueros maternos sea condición indispensable restituir a las mujeres sus derechos en este sentido. La maternidad quedó arrumbada, secuestrada, en el espacio de lo biofisiológico, y es desde ese estadio que hay que desobstaculizar el proceso trascendente a otros planos superiores de orden simbólico y cultural.

Este secuestro, llamado eufemísticamente por Freud «represión», significa, como amplía Horst Kurnitzky (1974), que la mujer es identificada con la naturaleza exterior (podríamos poner a modo de ejemplo, la fauna, la flora, los ríos, los manantiales, los minerales, etc.), la *prima materia* que junto con el dinero había de convertirse en fuente de toda riqueza «al servir al hombre,¹ en cali-

¹ Hombre en este texto solo significa lo que dice: hombre.

dad de naturaleza elaborable, como medio de vida.»¹ Es característica de las sociedades dominadoras, nos recuerda Eisler (op. cit.) dar prioridad máxima a las tecnologías de destrucción.

No sólo los hombres más fuertes y bestiales eran altamente honrados y premiados por sus proezas técnicas en la conquista y el pillaje; ahora también los recursos materiales se canalizan hacia la producción de armamentos cada vez más sofisticados y mortales. Piedras preciosas, perlas, esmeraldas y rubíes eran engastados en las empuñaduras de espadas y en los escudos. Y aunque las cadenas con que los conquistadores arrastraban tras de sí a sus prisioneros aún eran elaborados con metales de baja ley, incluso los carros de estos guerreros, reyes y emperadores más cultivados, eran de plata y oro.²

El poder de vida y muerte, ostentado simbólicamente por la Madre, pasó a manos del Padre, el cual lo ejerció sin reparos y arbitrariamente desde entonces. Desde el control de nacimientos hasta el infanticidio programado, la pena de muerte y la guerra, nadie ha vuelto a escapar del absolutismo paterno. Ni tampoco los bienes de la Naturaleza.

Fagocitada la madre, pasan por el mismo proceso sus contenidos, los hijos, que ya no son tenidos por amor entre la pareja, amor a uno mismo, o algún otro sentimiento generoso (el amor propio también lo es) sino por razones espúreas y malevolentes:

1. Demostrar el hombre su virilidad por medio de «hacerle hijos» a su mujer y/o a otras.
2. Ganar status ante los demás hombres.
3. Liberar impulsos sádicos hacia la mujer sometiéndola a los procesos «naturales» de la maternidad en tanto que trabajo deleznable que él *no puede* hacer porque la naturaleza se lo impide, pero que ha reconvertido en uno de los que *no quiere* hacer porque forma parte de los que un grupo dominante impone al grupo infe-

1 H. Kurnitzki, 1978, 111-112.

2 R. Eisler, op. cit. 103.

rior o dominado.

4. Impedir por efecto de maternidades naturales continuadas que la mujer tenga tiempo disponible que le permita liberar su potencial humano en otras tareas o actividades.

5. Asegurarse la continuación clónica de sí mismo (el mismo sexo, el mismo deporte favorito, el mismo partido político, los mismos ritos de iniciación, el mismo sentido de la agresividad...).

6. A escala colectiva, moverlos como fichas de un damero para todos y cada uno de los intereses y fines de los Padres, que juegan entre ellos pero por medio de ellos sus inacabables partidas.

Por otra parte el progreso humano quedó estancado. Las mujeres, aisladas en una especie de burbuja que flota en el interior del Padre. Y el Padre, ascendido bruscamente a ese cargo cuando era sólo un adolescente, impedido por él mismo de crecer ya que necesitó todas sus energías para simplemente mantener el *status quo* bajo las diferentes formas que el transcurso del tiempo requería.

— Seguir manteniendo a las mujeres en la burbuja, condición *sine qua non* para continuar en el poder.

— Enfrentamiento permanente de unos Padres con otros y de todos ellos con los «padres virtuales» que son los hijos varones. (Los jóvenes, los héroes, los parricidas, etc.) Aunque el infanticidio persiste en forma de filicidio (A. Rascovski, 1975, 1981), parte del mismo se ha reconvertido o «dado lugar a la infantilización, la muerte real a la muerte simbólica». (Baguenard, Maisondieu y Métayer, 1983).

La infantilización de la humanidad ha afectado a ambos sexos. Las mujeres se quedaron en los estadios primeros de la Maternidad, que nunca después pudieron compartir con el hombre. Y el hombre se quedó con una Paternidad propia de «hijo díscolo y salvaje»; un bien que le caía grande y que nunca se aprestó a compartir con la mujer. A ésta, como *sabía de sí misma* antes, como se dijo al principio, la catástrofe la encontró en un momento de mayor madurez, aunque el tiempo transcurrido ha jugado más bien en su

contra.

La mujer jurista habría mantenido otro concepto de la justicia, la científica habría dado otro empleo a la ciencia; la industria, el comercio, el Estado y la Religión habrían tomado, indudablemente, formas diferentes bajo una hipotética influencia directa de la mujer.¹

Pero una vez cumplida la fagocitación, sólo un miembro de la especie pasa a ser nombrado: el hombre en tanto que Padre. Este da nombre a todo lo que le pertenece, empezando por esa mujer puesta a ser madre, una vez empequeñecida y devorada. Nombre sin el cual nada existe, pues sólo existe, valga la redundancia, lo que puede ser nombrado. Como la marca de fuego que diferencia las reses de una u otra ganadería, de uno u otro amo, las madres-función-del-Padre y sus descendientes aparecen rotuladas con el nombre del que las posee.

A partir de aquí la Madre ha quedado rebajada a pura metonimia, a la realidad coyuntural no trascendente del fenómeno visible del embarazo y el parto, la maternidad «natural», objeto de manipulación del Padre. Mientras éste queda elevado a la categoría de metáfora. Se ha perdido el orden simbólico de la Madre.

No hay otra manera de establecer un orden cultural que no sea de esta manera, dicen los agentes del pesimismo y mantenedores de la conservación de lo dado.

Las dicotomías, parejas de conceptos opuestos, sin relación posible, jerarquizados (mejor vs. peor) se encabalgan a partir de aquí unas a otras como nos hizo observar Celia Amorós, de modo que

Metáfora es a Metonimia (el orden de la representación es al orden de la contigüidad) lo que Cultura es a Naturaleza y lo que Hombre a Mujer.²

¹ Condesa de Campo Alange (1948) *La secreta guerra de los sexos*. Madrid, Revista de Occidente, 2.ª ed. 1950, 227.

² C. Amorós (1983) *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Anthropos, 165.

Pero esto tendrá un final. No forzosamente feliz, por supuesto. Si este Padre adolescente, ensoberbecido de poder, no crece; si prefiere seguir siendo el ogro a quien sólo excita la sangre, el odio y la rivalidad con la mujer, nada positivo es predecible. Sólo si el Padre vomita, devuelve, a la Madre, podrá él seguir su desarrollo. Sólo si la madre sale al exterior del Padre, ella también podrá proseguir el suyo.

II. ÁNGELA OFRENDA

Toma, padre, este hijo.
Es tuyo
ahora que los días han regado su cuerpo,
ahora,
cuando sus pies se yerguen en la acera
y conoce su nombre entre las voces.

Toma, padre, este hijo
amasado en la fábrica del vientre,
criado con la industria de mi leche,
madurado en mis manos y mis besos.

Para ti su destino,
su futuro perfil,
el puño
que agarrará el cincel de sus vivencias.

Para mí su dolor,
el vaivén de su cuna,
los largos estallidos del insomnio.

Toma, él es otra pieza
para engrosar la fuerza y el trabajo,
un tornillo más del engranaje
propulsador absurdo de la vida.

Toma, es tuya
la patria potestad,
el apellido
de su nombre pequeño,
su orgullo de varón,
la resonancia
marcial y capitana de su sexo.

Juana Castro

De *Cóncava mujer*, Córdoba 1978. (Con autorización de la autora).

Juana Castro es una poetisa cordobesa, miembro de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes. Su obra se halla recogida en diversas antologías. En 1994 le ha sido otorgado el XI Premio Carmen Conde de Poesía de Mujeres.

III. FUENTES DE EVIDENCIA

Se consideran *fuentes de evidencia* en el sentido de que sirven de *prueba* de la teoría sobre la que se estructura la tesis de este libro: la no-existencia de la Madre y, por ende, de la Maternidad.

La maternidad biológica (concepción, embarazo y parto) así como por extensión la crianza, no puede ser considerada «maternidad» desde una perspectiva de rango humano *si no va seguida de su correspondiente transcendencia en lo económico, político y social*.

No quiero decir con esto que esta maternidad primaria, natural en la medida que los seres humanos no hemos elegido la asimetría sexual que viene impuesta a los mamíferos (machos, excluidos; hembras, obligadas) sea cualitativamente inferior a lo que sería su proyección en lo social. No. En alguna ocasión ha escrito V. Sau que la mujer no está «más cerca de la naturaleza» que los varones, como el discurso sexista ha pretendido y pretende, por estar en posesión de esas funciones biofisiológicas así como del ciclo menstrual que las permite, sino al contrario: puesto que el ser humano es cultural en tanto en cuanto hace operativos y usa a discreción los fenómenos naturales, traduciéndolos además a un código simbólico, resulta que de cuantas más ocasiones (léase *funciones naturales*) dispone un individuo para esa traslación, se desprende que tanta mayor inversión cultural habrá

tenido que efectuar sobre sí.

Lo que sí aparta la maternidad y la sitúa del lado de la naturaleza o, dicho con todos los respetos, de la animalidad, perpetuando la escisión entre naturaleza y cultura, es haber impedido que aquélla continuase su trayectoria lógica de lo individual a lo colectivo, de lo particular a lo general, de lo privado a lo público, de lo inmediato a lo mediato.

Esta trayectoria sí la realizó en cambio el varón por mediación de la Paternidad. Paternidad, pero en solitario, absolutista; teocrática, monárquica, caudillista, androcéntrica. Es a esta Paternidad en solitario, que mantiene la maternidad secuestrada en el recinto de la Naturaleza (y para ello ha de mantener en compartimentos estancos los espacios Naturaleza/Cultura), a la que llamamos Patriarcado, o sea, abuso de poder de la paternidad.

Las mujeres-madres-naturales pasan así a ser una función del Padre. Subordinadas a éste tienen una posición de figuras intermedias entre dicho Padre y sus —de Él— hijas/os. Pero el Padre las hace llamar «madres» y a su función «maternidad», creando la gran confusión entre significante y significado. Hijas e hijos creen tener una madre e interiorizan un cierto estereotipo de maternidad acorde con el tiempo y el lugar que les ha tocado vivir, pero lo cierto es que esas palabras son mera apariencia, sin existencia real.

La Madre ha sido rebajada a la condición de funcionaria del Padre. Cumple las funciones de las que la naturaleza le excluyó pero sobre las que detenta el control, y las de crianza y maternaje que la compensan, engañosamente, del daño sufrido en el origen. Funciones, las demás, que el Padre declina porque cuanto menores son las hijas/os más próximos están ambos de la Naturaleza, como él mismo dice que lo está la mujer y por extensión esa maternidad de la que se ha hecho cargo. Esas funciones, desde el supuesto patriarcal, contaminarían al Padre de la suciedad que impregna el Caos, lo sin cultivar, el magma del origen. Sólo cuando la infancia es apta para entrar en el orden de las diferencias y de la Ley del Padre, cuando está en condiciones de que se pueda disponer de ella, éste podrá establecer contacto sin correr peligro.

Georges Snyders destaca el pensamiento de Montaigne al respecto:

¿Vale la pena amar a los niños?, ¿mi hijo vale lo suficiente para que pueda amarlo? Por cierto no demasiado mientras no tienen una fisonomía definida: son *apenas recién nacidos*; algo más cuando están pasando por los pataleos, juegos y necedades pueriles; y por último, cuando se pueden realmente tomar en consideración sus actos, la política razonable es la de quererlos *si lo valen* y la de deshacerse de ellos *si son otra cosa*.¹

Una de las consecuencias de todo ello se expresa en el «conflicto generacional» que, por supuesto, va mucho más allá de los aspectos funcionales derivados de la diferencia de edad y rango en las que han pretendido situarlo psicólogos y psicoanalistas, con mejor o peor fortuna.

I. Voces en la sombra: las hijas

La primera fuente de evidencia no es remota en el tiempo sino actual. Se da aquí la palabra a las mujeres vivas y/o contemporáneas. Son las hijas sin Madre cuya voz es un verdadero clamor contra esa mujer a la que denominan así pero en la que detectan mera apariencia y engaño, conducta que es dramática caricatura de lo que debiera ser y no es. Son quejas, protestas, reproches, desgarradores lamentos de mujeres-hija que saben que algo no está bien pero que no han caído en la cuenta de que la madre no es la Madre sino una función del Padre. Aparecen como seres desesperados, dando manotazos en el vacío, avanzando a tientas en la oscuridad de la ignorancia de que no hay Maternidad.

Pero sus voces no son inútiles, al contrario. Reunidas constituyen una auténtica denuncia, y una exigencia de cambio.

Son mujeres-hija *todas* las mujeres sin distinción de edad, hayan caído o no en ser función del Padre. Del mismo modo que

¹ G. Snyders (1980) *No es fácil amar a los hijos*. Trad. cast. Barcelona: Gedisa, 1981, 21.

son hombres-hijo *todos* los hombres, sean o no sucesores o delegados del Padre. Dicho de otro modo, no hay ser humano que no haya nacido de mujer. La condición de hija e hijo es inexorable.

El secuestro de la Madre, pernicioso para ambos sexos, presenta no obstante diferencias significativas entre ellos. Como dice la autora Madeleine Laïk (1976), entre un niño y una niña no hay diferencia: ambos han nacido de mujer. Entre un niño y una niña hay diferencia: la niña es del mismo sexo que la mujer.

En virtud de esa diferencia, damos prioridad a la palabra de *las hijas*.

Sea la primera cita la de María Cardinal (1975). Su libro, que se tradujo en España con el título *Las palabras para decirlo*, entre la novela y la autobiografía, gira totalmente sobre el eje de la relación hija-madre, mediatizada por un psicoanálisis. La obra fue muy leída y causó impacto entre las mujeres del movimiento feminista en nuestro país porque ponía el dedo en la llaga de un problema intensamente sufrido y extensamente silenciado: el de la identidad del género, el «sí misma», la feminidad.

En el curso de los años me hundí en ella (la madre) como dentro de un abismo negro. Así conocí a la mujer que ella quería que yo fuese. Un día tras otro he tenido que hacer el recuento de su empeño en fabricar un ser perfecto según ella. He tenido que medir la fuerza de su voluntad para doblar mi cuerpo y mi pensamiento, para hacerles tomar el camino que ella había decidido. La cosa (la neurosis) se había instalado entre aquella mujer que ella había querido poner en el mundo y yo. Mi madre me había apartado de mi camino y este trabajo había sido tan bien hecho que no tenía conciencia de ello, ya ni lo advertía.¹

La madre, en tanto que no-madre, está obligada a transmitir lo que Freud llama la «feminidad secundaria» de las niñas. Y las hijas odian doblemente a su supuesta madre: por rechazo del modelo

¹ M. Cardinal (1975) *Las palabras para decirlo*. Barcelona, Noguer, 1976, 66-67.

de mujer que ella representa, y por el autoritarismo con el que les es impuesto. Este sentimiento de rebeldía es el que recoge Adrienne Rich (1976) bajo el nombre de *matrofobia*, tomado a su vez de la poetisa Lynn Sukenick.

La *matrofobia* se puede considerar la escisión femenina del yo, el deseo de expiar de una vez por todas la esclavitud de nuestras madres y convertirnos en individuos libres. La madre representa a la víctima que hay en nosotras, a la mujer sin libertad, a la mártir.

Y añade:

La ansiedad de una mujer por otra para adaptarse a un papel degradante y desalentador apenas puede llamarse *ser madre*, aunque crea que hace esto para ayudar a su hija a sobrevivir.¹

El libro de Rich, *Nacida de mujer* es uno de los textos más lúcidos de los últimos tiempos sobre la no-maternidad.

Simone de Beauvoir, en cambio, destila resentimiento al describir a su madre y la relación que existía consigo misma y con su hermana. Ni siquiera la muerte de aquella (*Una muerte muy dulce*) logra disminuir la amargura y los reproches:

Su amor por nosotras era tan profundo como exclusivo y la amargura con que lo sufríamos reflejaba sus propios conflictos. Muy vulnerable (podía rumiar durante veinte o cuarenta años un reproche o una crítica) el rencor difuso que la poseía se traducía en conductas agresivas: franqueza brutal, pesada ironía; a menudo manifestaba para con nosotras una maldad más atolondrada que sádica: no quería nuestra desdicha sino una prueba de su poder.²

La cita que sigue, de Amanda Guiducci en *La manzana y la serpiente* (1974) es todo un recorrido por lo real y lo simbólico. En el parén-

¹ A. Rich, 1978, 233 y 240.

² S. de Beauvoir, 1977, 46-47.

tesis del final de la misma, debido a la autora, se manifiesta un deseo-necesidad de inversión de los respectivos papeles: la hija-sinmadre haría de buen grado de madre para, paradójicamente tener, como resultado, Madre.

Yo he podido asesinar a mi madre —a la que me negaba a parecerme— mil veces en mi fuero interno, en el sueño, en el inconsciente, en la transgresión, y también conscientemente. ¿Cuántas veces no he matado en mi fuero interno a mi madre cuando era pequeña, y después, púber y adolescente, a esa madre dulce, esclava, pasiva, resignada, que me educó entre trenzas y estúpidos mitos, desastrosos pudores y negativos silencios, con los prejuicios de una salvaje, víctima a su vez de una educación más inhumana que la mía? Y yo contemplo sus arrugas, su arruinada belleza. Pero ya no es la misma. Es otra. Yo he suprimido a la madre que tuve cuando era niña. Ya no hay nada de ella en mi madre actual; sólo en mí como el recuerdo de todo lo que he tenido que negar para ser otra, una mujer distinta. (A veces la veo tan débil e indefensa como si fuera mi hija).¹

¿Silencios? ¿«Negativos silencios»? Oigamos lo que dice Elena Giarnini Belotti al respecto en un artículo titulado «Habla. Yo te amo». (1980)

La madre no habla, produciendo un sentimiento de soledad, de nulidad, de abandono. Por fin, un ataque de violencia ponía fin a días de silencio. Tal como la madre ha sido conquistada y perdida, inaccesible no una sino muchas veces, así se busca en un hombre la madre inexistente, y se construyen diálogos imaginarios. Pero él se ama a sí mismo, o ni eso, y entonces le odiamos; a través suyo podemos seguir odiando a nuestra madre.

Y esto hasta que hagamos la paz con ella comprendiendo

¹ Amanda Guiducci (1974) *La manzana y la serpiente*. Trad. cast. Barcelona, Noguer, 1976, 21-22.

lo que le ha sucedido y empecemos a amarnos a nosotras mismas.¹

Los silencios se disimulan a menudo con mentiras como nos lo describe Nancy Friday (1977) en *Mi madre, yo misma*:

A mi madre siempre le he mentado. Y ella a mí. ¿Qué edad tenía yo cuando aprendí su lenguaje, cuando aprendí a llamar las cosas por otros nombres? ¿Cinco, cuatro años? ¿Era tal vez más pequeña? Su negativa a enfrentarse con algo que no podía decirme, que su madre a su vez no había podido decirle a ella, y sobre lo cual la sociedad nos había ordenado a ambas que guardáramos silencio, entorpece todavía hoy nuestra relación.²

Christiane Olivier (*Los hijos de Yocasta*, 1980) expresa su orfandad casi en un grito. Una serie de indicios ponen de manifiesto al hombre que en casa se le está esperando. Pero ¿y a ella?

¿Quién se ocupa de mi regreso al hogar, de mi confort, de mi ropa interior, de mi cubierto? Nadie como no sea yo misma. Yo *me* hago de madre, increíble anzuelo con el que me atrapé un hombre en cuyos grandes brazos me hizo creer que yo sería por fin pequeña, que tendría por fin una madre amante y deseosa de mi persona. Pero es él quien regresa y no yo; él quien sigue movido por su propio impulso, y yo la que tengo que dejarle lugar pues para mí no hay refugio posible, ni siquiera aquí en mi casa, ya que no tengo a nadie que represente el papel de mi Madre. Soy la única bajo este techo que no tiene Madre.³

Esta Madre ausente o inexistente es escrita por Olivier en mayúscula. Coherencia total con la minúscula con la que se refiere Anne Marie de Vilaine a la otra, la aparente, aquella de la que dice lo que

¹ E. Gianini Belotti, 1983, 65. Trad. *ad hoc* V.S.

² N. Friday, 1979, 15.

³ Ch. Olivier, 1987, 211.

sigue en la novela biográfica *La mère interieure* (1982):

Durante su vida, la madre está en eclipse. Eclipse del sexo, eclipse del sentir.

¿Es la docilidad o la rebelión lo que me ha hecho renegar de ti?
¿O bien la angustia?¹

El vínculo madre-hija está roto. La hija observa a la madre con horror porque es un mal augurio de futuro. La madre ve a la hija con desprecio porque le hace extensivo su autodesprecio mismo y la educa para el sacrificio del que ella misma es un triste resultado. Pocas palabras bastan a veces para dar cuenta de una situación. La Condesa de Campo Alange (María Reyes Laffite) las tuvo en 1948, en su libro *La secreta guerra de los sexos*, al escribir:

En general nunca se concedió a la mujer la facultad de liberar su energía materna para emplearla en alguna actuación extra-materna.²

2. Voces en la claridad: las/os profesionales

De la subjetividad pasamos a la objetividad. Mujeres, y también hombres, pertenecientes a diversas disciplinas de las llamadas ciencias humanas tales como psicología, psiquiatría, historia, sociología, filosofía, etc. toman la palabra. Sus voces no son gemidos como las del apartado anterior, sino claros juicios. Claridad que rasga como un cuchillo el orden de tinieblas patriarcal.

Phyllis Chesler, psiquiatra norteamericana, publicó en 1972 un libro, que ya es un clásico, sobre las mujeres y la locura (*Women and Madness*) y escribe en el capítulo primero:

Las mujeres, en las sociedades modernas judeo-cristianas, son hijas sin madre.

[...]

¹ A.M. Vilaine, 1982, 7. Trad. *ad hoc* V.S.

² Condesa de Campo Alange, op. cit. 114.

Las «madres» están condicionadas para no amar a las mujeres y/o al cuerpo de la mujer.¹

Otra psiquiatra, esta vez española, Carmen Sáez, en un trabajo sobre las nuevas tecnologías reproductivas escribe lo siguiente:

... siendo el hecho de la procreación en última instancia cuestión de la colaboración genética entre un hombre y una mujer, como quiera que éstas (nosotras) no tenemos capacidad de decisión sobre el porvenir de la población que generamos, venimos a ser mediadoras en cuanto a la reproducción se refiere...²

Mediación a la que V. Sau denomina «función del Padre», y que se expresa en la fórmula siguiente [$m = f(P)$].

Silvia Tubert (1991), psicoanalista, se manifiesta en la misma línea, sólo que pone el énfasis en el determinismo:

Se debe negar a Eva la libertad de tomar sus propias decisiones con respecto a su deseo sexual o a su vida corporal. Como madre de todo lo viviente tiene el poder de dar y de negar la vida, pero la ley religiosa y civil debe convencerla de que no puede elegir. Su destino, más allá de su deseo, es la maternidad.³

Luce Irigaray (1990) en un texto titulado «Le mystère oublié des généalogies féminines» comenta que el camino del amor recíproco entre las personas se ha perdido completamente en lo que se refiere al erotismo. Este, en lugar de servir para la individualización o recreación de las formas humanas, sirve a la pérdida de identidad en la fusión. Este concepto del amor ha arrastrado a las mujeres al olvido de sí mismas, a la sumisión infantil o esclava a la sexualidad masculina. El consuelo de ese exilio de sí mismas es la

1 Ph. Chesler, 1975, 33. Trad. *ad hoc* V.S.

2 C. Sáez (1990) «La mujer nueva: nuevas tecnologías reproductivas (NTR) ¿nueva maternidad?» Trab. mecanografiado presentado en un curso de verano en la Univ. Complutense de Madrid.

3 S. Tubert, 1991, 77.

maternidad.

Esta maternidad —promovida por los jefes espirituales como el único destino válido para las mujeres— significa casi siempre perpetuar una genealogía de tipo patriarcal haciéndole hijos al marido, al Estado, a los poderes culturales masculinos.¹

El resultado no podía ser otro que la desvalorización de la maternidad, lo cual no deja de tener su coherencia. Y aquí está para decirlo Jane Swigart (1990) en su obra *Le mythe de la mauvaise mère*:

las madres son despreciadas en tanto que madres, desvaloradas, excluidas de los centros de decisión; ellas deben asumir la entera responsabilidad de sus hijos sin recibir ningún apoyo, y aceptan los reproches cuando estos tienen problemas.²

Los delegados del padre primordial, del Padre con mayúscula que secuestró a la Madre, suelen ser los de siempre con algunos añadidos a tenor de los tiempos. Escribe Ivonne Knibielher (1993):

El médico, el *psy*, el juez: tales son los nuevos padres. Ellos han heredado el poder sobre el hijo/a por medio de instituciones tutelares pero inquisitoriales. Las leyes, pues, han acordado a las madres un poder en gran parte vaciado de su sustancia.³

Todavía le queda el poder de mandar en el interior de la casa, dicen algunos; o sobre el marido a través de la intimidad de la alcoba, aducen otros. Pero, ¿es esto *poder*?

Denis Berger (1993) opina lo siguiente:

La mujer-madre, excluida y además inferiorizada en el dominio público, puede pesar sobre las decisiones del marido. Pero este poder, que escritores y sociólogos tienden a magnificar, no deja de ser un poder complementario, un *poder aparte*. La realidad del marco en el que la infancia adquiere su conciencia

1 L. Irigaray, 1989, 111.

2 J. Swigart, 1992, 283.

3 I. Knibielher y D. Berger, 1993, 42. Trad. *ad hoc* V.S.

del mundo, es una realidad de lo *desigual*. (La cursiva es de la autora).¹

La ética, como no podía ser menos, sufre por ello. Graciela Hierro, filósofa mexicana, dice en su libro de 1985 *Ética y Feminismo*:

La autoridad masculina es la institucionalización del derecho del más fuerte; es la *ley del padre* que se impone en lo político y en lo social en las sociedades por ello llamadas patriarcales. (...) Asimismo, el hecho de que los hombres sean juez y parte condiciona que la felicidad que se contempla como bien común sea primariamente la de los hombres y no la de la mayoría. No se cumple el principio del mayor bien para el mayor número.²

Así no es extraño que el psicopedagogo francés Georges Snyders, sensibilizado por el trato a la infancia, se pregunte en su libro *No es fácil amar a los hijos* (1980): «Y si el padre no fuera más que un amo...?»³ Para contestarle recurrimos a un texto del sociólogo Martín Sagrera tomado del libro *El mito de la maternidad en la lucha contra el patriarcado*:

Pero al conocerse la paternidad se pasa del androcado al patriarcado, el hombre se apropia no sólo de la jefatura de la sociedad sino también de la familia, llegando a imponer la idea de que los hijos no son de las mujeres sino suyos.⁴

Una vez *impuestas*, las ideas hay que mantenerlas en el tiempo para que permanezcan. Y ésta es la función de la Cultura. José Lorite Mena (*El Orden femenino*, 1987) lo expone breve pero claramente:

Así el orden simbólico y el orden biológico se integran en la función de la paternidad. La maternidad es el recinto de ese

¹ Op. supra, 110. Trad. *ad hoc* V.S.

² G. Hierro, 1985.

³ G. Snyders, op: cit. 53.

⁴ Martín Sagrera, 1972, 145.

orden, pero el eje significativo es la paternidad.¹

Cada palabra, cada frase, cada texto que añadimos a este discurso es una subversión, aunque sea minúscula, del orden patriarcal, puesto que el secreto de dicho orden supuestamente no debe ser desvelado para que se prosiga a sí mismo. Pero el volumen de indagación, de reflexión y de análisis ya es irreversible. Un libro lúcido e inteligente que se suma a ello es el de Baguenard, Maisondieu y Métayer, profesores universitarios de Ciencias Políticas, Psiquiatría y Sociología y Letras respectivamente, en Francia. Su título: *Les hommes politiques n'ont pas d'enfant* (1983); de él extraemos la siguiente frase: «Justo ahora se empieza a entrever la violencia hecha a las mujeres a través de siglos de poder masculino.»² Françoise Collin, doctora en filosofía, escritora y profesora, se refiere a la maternidad en los siguientes términos:

La madre es una invención del padre. La madre (como mater) está puesta por el patriarcado para asegurar su perennidad: es una *mpère* (sic). En la madre, la mujer es amordazada, reducida al silencio, hecha inofensiva. Se le cierra la boca con un pene o un hijo. Después se la hace hablar en ventriloquía un lenguaje que no es el suyo... Por medio de este lenguaje ella envía a su hijo a la escuela, a la iglesia, al ejército, al asilo, al despacho, a la fábrica, a la cárcel, a la muerte. La maternidad es una *mpaternité* (sic).³

En un tono ácido que el tema de por sí requiere, Collin sigue describiendo a la madre como una mujer con barba, un padre azucarado que hace más tolerable la legislación patriarcal que hace posible el falocentrismo. Ella misma baña también al guerrero en su jarabe (¿de pico?) y así la guerra puede durar, tal y como le interesa al Padre. «La madre es pues una mujer fálica; no es una mujer, es un hombre reducido a la impotencia.»⁴ La resurrección de la mu-

¹ J. Lorite Mena (1987) *El orden femenino*. Barcelona: Anthropos, 208.

² J. Baguenard et al, 1983, 118. Trad. *ad hoc* V.S.

³ Françoise Collin. «Des enfants de femmes ou assez mômifié». En *Cahiers du Grif* (comp.) *Les enfants des femmes*. Ed. Complexe, 1992, 81. Trad. *ad hoc* V.S.

jer es la derrota de la *mpère*, afirma Collin. O, lo que es lo mismo, dice Sau: la aparición de las Hijas, las que desenmascaran a la madre en tanto que impostora, que rechazan ponerse la mordaza que a ella la hace rehén y cómplice del Padre al mismo tiempo, que reclaman, exigen, el regreso de la Madre secuestrada. Es más, ellas se dan a sí mismas la Maternidad usurpada.

Sólo desde esta posición de la madre como *mpère* o madre-función-del-Padre se entiende que las mujeres sean «madres sin madre» o «madres sin refugio» como denuncia Basaglia Ongaro (*Una voce*, 1982), citada por Asunción González de Chávez.

La búsqueda ansiosa de la madre cesará cuando la Madre sea reencontrada, puesta en su lugar.

3. Voces esquizoides: los hijos

El hijo no gime por no tener Madre. El patriarcado le ha hecho creer que para él es suficiente tener Padre.

Es obvio que cuando los hombres hablan y/o escriben sobre las mujeres lo están haciendo al mismo tiempo sin saberlo de sus propias madres, pues de otra fuente no han podido tomar la evidencia. De ahí procede su interés en preservar de críticas a la madre individual de cada uno, como si se tratara de una excepción, y que la mayor ofensa que se le pueda hacer a un hombre sea descalificar a su madre. Porque en el momento en que su madre no es una excepción, alguien diferente, caen sobre ella las tinieblas patriarcales y es una esclava, o una puta, o una subnormal o, simplemente, el ser inferior que el colectivo del que él mismo es una parte afirma que es.

Esto produce una variada tipología de hombres-hijo que bien merece un libro aparte que no es precisamente éste. A *grosso modo* de esa tipología podemos extraer algunos modelos que nos sirvan de guía:

- El hijo que aborrece a la madre, la desprecia abiertamente, y

4 Collin, op. supra. 82. Trad. *ad hoc*, V.S.

así lo dice, lo escribe o lo lleva a cabo quitándole la vida. Es la desesperación de no tener Madre llevada al extremo. En realidad se mata a la impostora, a la que es y no es. La que exagera.

- El hijo que venera a su madre, le tiene una dedicación poco menos que exclusiva, no tolera que alguien o algo le haga «daño». En este grupo se encuentran algunos sacerdotes, algunos homosexuales, algunos solterones, y un buen número de hombres sin especial calificación. Han montado la fantasía de que su madre es Madre en un mundo en que no la hay, y su estado de vigilancia ha de ser permanente para que la ficción no se venga abajo, lo cual supondría su propio desmoronamiento ya que han hecho una severa intolerancia a la no-Maternidad.
- Entre los dos modelos anteriores se mueve el tipo medio, el más común, el mejor adaptado a la sociedad en que vivimos: el ambiguo. El que describe Freud en el complejo de Edipo y del que él mismo es un buen ejemplo.

Del primer espécimen hay obras literarias paradigmáticas del estilo de *Crimen y castigo*, de F. Dostoiewski, y *La familia de Pascual Duarte*, de C.J. Cela. Hay hijos que llevan el matricidio en su corazón, durante toda la vida, sin consumarlo nunca. Y están los que lo materializan. De entre éstos hemos elegido a Pierre Rivière, un joven de 20 años que el 3 de junio de 1835 degolló a su madre, a su hermana mayor y a un hermano de corta edad en un pueblo del Norte de Francia. En la cárcel, a pesar de haber sido calificado de «poco viril» y «pseudoimbécil» en un dictamen de la época, Pierre Rivière escribió una minuciosa Memoria de lo ocurrido.

En los años setenta de este siglo el College de Francia, bajo la dirección de Michel Foucault, reunió todos los documentos de la época añadiendo los encontrados en su propia investigación, entre ellos la Memoria íntegra de P. Rivière, de la que en su día sólo se publicó la segunda parte.

Es una familia de medio rural, muy pobre, sin esperanzas de ampliar sus horizontes. Pierre reconoce que su madre sufrió

mucho al principio; cuando él nació ella estuvo muy enferma del postparto y se le pudrieron los pezones. Al cabo de un año, a pesar de todo, volvió a parir, esta vez una niña. Entre pleitos, peleas y necesidades básicas insatisfechas, hace otra niña aun (la que se salva del crimen) y un varón. La madre es descrita por un doctor que la exploró como de «carácter irascible, voluntad obstinada y cambiante, maldad continua...» Aunque no se le podía reprochar, dice, porque su cerebro no era normal. Su acritud constante es comprendida al principio por el hijo, consciente de las pésimas condiciones de vida de su madre (de las que el padre no aparece como particularmente responsable) hasta que en un momento dado su corazón dio un vuelco. Dice uno de los documentos, debido al Dr. Vastel:

... se creyó inspirado por Dios, actuando en su nombre y decidido a dar su vida para liberar a todos los hombres y a su padre en particular, decretó la muerte de su madre. Muy pronto su hermana fue incluida en este fatal decreto, ella siempre había vivido con su madre, siempre estaba de su parte; si se quedaba continuaría ejerciendo una funesta influencia sobre su padre, debía pues liberarlo también de ella, el sacrificio tenía que ser completo.¹

Con el triple crimen, Pierre Rivière, sin saberlo, cumplía la ley del Padre en cuyo nombre degollaba a tres personas, de romper la diada Madre-Hija, la pareja femenina que garantiza la genealogía materna. ¿El hermano? También aquí se cumple la filosofía patriarcal: su corta edad lo asimila todavía a las mujeres, al estado de Naturaleza. El fratricidio, uno de los fundamentos de la organización patriarcal le dejó además como el sucesor único del Padre. Es el hijo «sobrante» el sacrificado; en sentido estricto sólo es necesario un «delfín».

El argumento de Pierre Rivière para esta muerte concreta y aparentemente innecesaria es el siguiente: el padre sufrirá mucho

¹ M. Foucault, 1983, 143.

al ver a Pierre detenido y condenado, su dolor no tendrá límites; si también ha sido sacrificado el pequeño el dolor por este último no permitirá que sufra por el mayor, de quien llegará a desear la muerte. La inmolación de Pierre es absoluta.

Un ejemplo clásico del hijo de segundo tipo es San Agustín; aunque su madre es prácticamente perfecta según su criterio, la obsesión del Santo por resultar digno a los ojos de Dios Padre hace que le pida al Señor que perdone a su madre si en algo, a pesar de todo, Le ha ofendido.

En la vida corriente los hijos que veneran a su madre, si se casan o viven en pareja pueden poner en peligro esta relación que subordinan absolutamente a la filio-materna. Algunos solterones no se casan «por no darle un disgusto a su madre» o, sencillamente para no ponerla en la circunstancia de tener que enfrentarse a una nuera.

Estos hijos esquivan o rechazan reconocer el conflicto entre los sexos cuyo resultado es que la madre es una impostora, una no-Madre. De dicho conflicto derivan todos los que tienen lugar en el seno de las redes del parentesco, o sea, en la familia de troquelado patriarcal.

En 1977 la revista feminista más prestigiosa de Europa *Les Cahiers du Grif* realizó una serie de entrevistas a varones para que hablaran de su madre. En una de ellas se le pregunta a un hombre llamado Claud:

—P. ¿Tú has buscado en otras mujeres a alguien que se parezca a tu madre?

—R. No, porque nadie puede parecerse a mi madre. Esto, no. Como mi madre no hay más que ella. Es por esto que yo digo que no es una mujer, es un ser superior, sin que sea superior ni intelectual ni físicamente. (38 años, casado, tres hijos, empleado de garage).¹

¹ «Les hommes parlent de leur mère». En *Cahiers*, 1992, op. cit. 41-51, 47. Trad. *ad hoc* V.S.

La veneración por la madre automáticamente inferioriza a la esposa que *sí es una mujer* como las demás.

Los hijos del tercer modelo se caracterizan, desde la infancia por la ambivalencia; de ahí que sus discursos sobre estos temas sea casi siempre incoherente y esté lleno de lagunas y contradicciones. Estas se encuentran ya en la propia descripción freudiana de los hechos:

Según el Padre del psicoanálisis cuando el niño, en la fase edípica, se da cuenta de la diferencia de los sexos, se aleja afectivamente de su madre al reconocerla inferior al padre... pero le permanece agradecido porque a él *lo ha hecho* del sexo superior o mejor considerado. (Durante la infancia se le atribuye a la madre el poder de dar el sexo). En 1925, refiriéndose a las consecuencias psíquicas derivadas de dicha diferencia, afirma que surgirán dos reacciones que a lo largo de la vida pueden llegar a fijarse de forma separada o bien conjuntamente, y que «determinarán permanentemente sus relaciones con la mujer: el horror ante esa criatura mutilada o bien el triunfante desprecio de la misma.»

La madre no es una excepción de este proceso sino que está en el origen del mismo. El amor obligado por tratarse de la madre y/o el agradecimiento correrán paralelos con el horror y/o el desprecio. Palabra de Freud-hijo.

El escritor de novelas policíacas Georges Simenon escribió en 1974 un libro titulado *Carta a mi madre*, al estilo de la célebre *Carta al padre* de Franz Kafka. Es una carta-reproche escrita al hilo de esa mujer cuando agoniza. La ambigüedad de los sentimientos la preside; pero a veces quiere justificar a la madre apelando a que dicen de ella que es un «manejo de nervios» y, también, a la herencia: el padre y los hermanos y hermanas de su madre, dice Simenon, estaban afectados de una cierta morbidez. Ella, en concreto, había perdido al padre a los cinco años y a la madre a los catorce-quince. Más adelante se había casado pero su marido, Desiré, nunca le había dicho «te quiero»; el autor recuerda este reproche de su madre a su padre. Pero en tanto que hijo-de-Padre intenta justificarle explicando que él, emocionado, le contestó: «Pero estás

aquí.» A partir de esa frase el Simenon hijo-de-Madre vislumbra la realidad y dice:

¿Sería eso lo que te endureció? Sería que, atrapada entre los Brüll, de los que procedías, y los Simenon, en cuyo clan entrabas, sentiste una separación e incluso un desasosiego?¹

He aquí a la mujer traspasada de la familia en la que nace a esa otra en la que deberá ser función del Padre. La abuela Simenon (la suegra, otra traspasada) la vio entrar en el clan con desconfianza. «Eras de otra raza» dice el hijo, apesadumbrado en parte. Pero el velo rasgado se vuelve a cerrar, como si fuera de niebla; una verdad ha aparecido momentáneamente pero vuelve a ser tragada por el anonimato a que está condenada la maternidad. El escritor lo particulariza cuando cuenta que el abuelo paterno le daba diez céntimos en lugar de cinco como a sus hermanos:

Era muy propio de la mentalidad Simenon: yo era el hijo mayor del mayor de sus hijos o, dicho de otro modo, el futuro jefe de la familia.²

El hijo-de-Padre afirma contundente, en las primeras páginas, en una especie de apoteosis de virilidad: «Mientras vivistes nunca nos quisimos, bien lo sabes. Los dos fingimos.»³ y al final: «Entre nosotros sólo había un hilo.»⁴ Pero la paradoja reside en que la *Carta*, en su totalidad, es el lamento de un hijo-de-madre sin Madre.

En Kafka el reproche a la madre está implícito en el que le hace al padre a quien escribe la *Carta*. Después de todo ese padre brusco, poco comprensivo, que tiene dos varas de medir, una para sí mismo y otra para su prole, actúa como lo hace con el pleno consentimiento de la esposa. Esta aparece en segundo plano, como una sombra, a menudo reducida al mismo papel que las hijas/os. Es característico de la no-Maternidad que la madre-fun-

¹ G. Simenon, 1993, 18-19.

² Op. supra. 62.

³ Op. supra. 11 y 95.

⁴ Op. supra. 11 y 95.

ción del Padre no pueda defender a su propia descendencia, entregada ésta atada de pies y manos al Padre en tanto que Amo. No es extraño así que la Carta de Kafka no sirviera al fin para el que había sido escrita. «El autor utilizó a la madre de mediadora y la carta no llegó a su destino» nos aclara Rojas Marcos en *La pareja rota* (1994).

La madre interceptó la carta porque su función es que el Padre no sea zaherido por lo que hace, así como mantener su Autoridad a toda costa, aunque ello suponga sacrificarle su propio hijo.

La analogía con un recuerdo de infancia del escritor sueco August Strinberg, narrado en su libro autobiográfico *El hijo de la sierva* (s. a.) es evidente. Cuenta el escritor una escena ocurrida alrededor de la mesa familiar a la hora de comer. Alguien ha cometido una pequeña falta y un hijo (el propio autor del relato) es acusado, a pesar de ser inocente. La persistente negativa de reconocer el «delito» y pedir perdón por el mismo, aconseja los clásicos azotes de la época, no tan lejana por cierto.

—Vamos —dice el padre, y se dirige al dormitorio.

La madre los sigue.

—Pide perdón a papá —dice.

—Pero si no lo he hecho —grita entonces.

—Pide perdón a papá —dice su madre tirándole de los cabellos. El padre ha tomado la palmeta que estaba detrás del espejo.

—Papá querido, perdóname —chilla el inocente.

Pero ahora es demasiado tarde. La confesión ha sido hecha.

La madre asiste a la ejecución.

El niño aúlla de despecho, de rabia, de dolor, pero sobre todo de vergüenza, de humillación.

—Pide ya perdón a papá —insiste la madre.

El chico la mira y la desprecia. Se siente solo, abandonado por quien invariablemente le daba refugio para recibir ternura y consuelo, pero nunca justicia.¹

¹ August Strinberg (s. a.) *El hijo de la sierva*. Trad. cast. Barcelona: Montesinos, 1981, 24-25.

El último testimonio de hijo sin Madre es el de Antoine de Saint-Exupéry. En un artículo de dicho autor titulado «Defensa de Madrid» publicado por ABC el 29 de julio de 1994, podemos leer una larga reflexión sobre la guerra civil española, y en el que escribe en un momento dado:

Una guerra civil no es en absoluto una guerra, sino una enfermedad. (...) Se fusila más que se combate (...) Y este cuerpo que estaba habitado por una audacia juvenil, este cuerpo que ya sabía amar y sonreír y sacrificarse, ni siquiera se piensa en enterrarlo.¹

La guerra, institución patriarcal por excelencia, no es cuestionada en sí misma por el autor. Y en cambio tiene un recuerdo para las madres en el párrafo final; sí, pero para marginarlas una vez más, para separarlas del fenómeno bélico como si no fuera con ellas, como si no murieran ellas también de su propia muerte y de la de sus hijos:

Y me doy cuenta de pronto de que a ninguna mujer se le ha admitido en esta salida. Y su ausencia me parece también razonable. ¿Qué tienen que ver aquí esas madres que no saben, cuando dan a luz, qué imagen de la verdad inflamará más tarde a su hijo, ni qué partisanos le fusilarán, según su justicia, cuando tenga veinte años?²

Ser madre es sólo dar a luz, admite el escritor. La guerra es asunto de hombres, de Padres. Las mujeres están excluidas de las negociaciones, de las decisiones. Los Padres fabrican el armamento para matar; las madres-función del Padre le suministran el material humano que ha de utilizarlo para matar y/o morir.

No es extraño que *El principito* fuera un niño tan triste. Quizá en la rosa buscaba a su Madre. O en su pequeño planeta en el que estaba miserablemente solo.

¹ Referencia en el propio texto.

² Referencia en el propio texto.

La conjunción *pero*, sinónimo de conflicto, preside las relaciones hijo-madre expuestas. Y no es extraño, porque la maternidad aparente más que una función es una disfunción.

4. Evidencia lingüística: las palabras

Es de sobra sabido que el lenguaje es la función primordial por medio de la cual toda sociedad se ve representada a sí misma, y el vehículo cultural más importante para asegurar la transmisión de sus sistemas de valores a las generaciones siguientes, así como el sistema o conjunto de relaciones posibles: mujer/hombre; adultez/infancia; clases sociales; grupos étnicos y culturales; individuo y/o colectividad con Dios; individuo y/o colectividad con el Estado.

La lengua de cada pueblo refleja por lo tanto las diferencias jerarquizadas entre los sexos y sus géneros correspondientes. No hay más que apelar a la voz «hombre», que tantas veces subsume a la voz «mujer», para darse cuenta de que la voracidad masculina se ha comido, literalmente, lo femenino. Especialistas hay que han trabajado el tema con ahínco y eficacia.

Aquí, en función del objeto de estudio, sólo se van a observar las diferencias entre las voces *padre-paternidad* y *madre-maternidad* en tres diccionarios de lengua castellana:

- *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia Española (D.R.A.E.). 20ª ed. 1984.
- *Diccionario de uso del español* de María Moliner, 1984.
- *Diccionario Ideológico de la Lengua Española* de J. Casares, ed. 1975.

En todos los casos se han respetado los subrayados, el uso de mayúsculas, etc. Es una transcripción literal.

D. R. A. E.

PADRE (1 columna y 14 líneas) Seis primeras acepciones.

1. Varón o macho que ha engendrado.

2. Primera persona de la Santísima Trinidad que engendró y eternamente engendra a su unigénito Hijo.
3. Varón o macho respecto de sus hijos.
4. Macho destinado en el ganado para la generación y procreación.
5. Principal y cabeza de una descendencia, familia o pueblo. *Abrahán fue PADRE de los creyentes.*
6. Religioso o sacerdote en señal de veneración y respeto.

En sentido figurado consta quien es autor de una obra de ingenio; quien ha adelantado notablemente una ciencia o facultad; padre de la patria; jefe o cabeza de una casa o familia tenga o no hijos; título de honor dado a los emperadores romanos y después a otros monarcas por su mérito o por adulación; padre espiritual, y otros.

MADRE (3/4 de columna) Seis primeras acepciones.

1. Hembra que ha parido.
2. Hembra respecto de su hijo o hijos.
3. Título que se da a las religiosas.
4. En los hospitales y casas de recogimiento, mujer a cuyo cargo está el gobierno en todo o en parte.
6. Matriz en que se desarrolla el feto.

En sentido figurado, causa, raíz u origen de donde proviene una cosa; aquello en que concurren circunstancias propias de la maternidad. *Sevilla es MADRE de forasteros. La MADRE patria.* Cauce por donde ordinariamente corren las aguas de un río o arroyo; acequia principal; alcantarilla; materia más crasa o heces del mosto, y otros.

Diccionario de uso del español

PADRE (1 columna)

1. Hombre o cualquier animal macho respecto de sus hijos.
2. Animal macho que se tiene destinado a la reproducción en

un rebaño, ganadería, etc.

3. *Un hombre, con relación a una familia o descendencia que proviene toda de él.*

4. Primera persona de la Santísima Trinidad.

5. Creador o autor de una cosa: Newton es el padre de la física.

6. Tratamiento que se da a los eclesiásticos, sacerdotes y frailes, antepuesto al nombre o al apellido o para dirigirse a ellos: el padre Antonio; el padre García.

7. En plural, el padre y la madre juntos: Vivo con mis padres'

8. En plural, antepasados: la historia de nuestros padres', Adán y Eva fueron nuestros primeros padres.'

9. Figuradamente «Madre». *Origen o causa de alguna cosa.*

Derivados: padre adoptivo, con respecto a quien ha adoptado como hijo; padre de almas (prelado o párroco); padre conscripto; senador; padre espiritual (confesor); padre Eterno: primera persona de la Santísima Trinidad; padre de familia. El padre como jefe de la familia. *El jefe de la familia aunque no tenga hijos.*

MADRE (3/4 columna)

1. Mujer que tiene o ha tenido hijos con respecto a éstos.

2. Aplicable a una planta respecto a las que proceden de ella.

3. *Apelativo aplicado en algunos sitios a las mujeres ancianas.*

4. *Encargada del gobierno o dirección de los servicios en un hospital, asilo, etc.*

5. Matriz.

6. Se aplica en ciertos casos particulares como nombre calificativo en oposición a cosas que dan o han dado origen a otras: acequia madre; alcantarilla madre; aguas madres; lengua madre.

7. Acequia principal.

8. Alcantarilla o cloaca principal.

9. «Barrera». Sitio donde ya se está a salvo en el juego del escondite.

Derivados: Madre abadesa; madre del cordero, en el sentido de dificultad de una cosa; madre de Dios (la Virgen); madre de familia: la mujer en su papel de esposa y madre y regidora del hogar; madre de leche (nodriza); y otros.

D. R. A. E.

PATERNIDAD

1. Calidad de padre.
2. Tratamiento que en algunas religiones dan los religiosos inferiores a los padres condecorados de su orden, y que los seculares dan por reverencia a todos los religiosos en general, considerándolos como padres espirituales.

PATERNO

1. Perteneciente al padre, o propio suyo, o derivado de él.
2. Casa paterna.

MATERNIDAD

1. Estado o calidad de madre.
2. Establecimiento donde se atiende a las parturientas.

MATERNO

1. Perteneciente a la madre. *Amor MATERNO; línea MATERNA.*
2. Lengua materna.

Diccionario de uso del español

PATERNIDAD

1. Circunstancia de ser padre.
2. Relación del padre con su hijo.
3. Con «su» o «vuestra», tratamiento que dan los eclesiásticos a sus superiores o que dan a veces los seculares a los religiosos.

PATERNO

Del padre: cariño paterno. Autoridad paterna. Línea paterna.

MATERNIDAD

1. Circunstancia de ser madre: le prueba bien la maternidad.'
2. Casa de maternidad. Nombre de algunos establecimientos destinados a la asistencia médica a mujeres embarazadas, par-turientas y lactantes.
3. (...)

MATERNO

De la madre.

Véase: CLAUSTRO materno, LENGUA materna.

Diccionario Ideológico de la Lengua Española

En la Parte Analógica la voz MADRE sólo está para remitirse a PA-DRE.

La voz PADRE presenta veintitrés analogías y a continuación de las mismas hay diecisiete que se refieren a la madre. (La colocación en paralelo no significa que cada término reenvíe al opuesto de la misma línea).

padre	madre
padre de familia o familias	madre de familia o familias
cabeza	señora y mayora
cabecera	ama
progenitor	vientre
autor de (mis, tus, etc.) días	mamá
patriarca	mamá
amo	mamaíta
papá	mami
papá	matrona
papaíto	matrenaza
papi	madrona
tata	madraza
taíta	madrastra

padre adoptivo	tía
padre putativo	comadre
padrazo	madrina
padrón	
padraastro	
tío	
compadre	
padrino	
abuelo	

Por supuesto que «ama» no tiene el mismo sentido que «amo». La madre no consta como progenitora ni autora de los días de nadie. «Padrón» significa también «patrón» (modelo o dechado); «madróna» en cambio equivale a «madre de alcantarilla» y «matrona», madre de familia respetable, o equivalente a «comadre autorizada para asistir a las mujeres que están de parto.»

—En el lenguaje, el hombre está sobrerrepresentado. En las lenguas en que la gramática distingue entre género «masculino» y «femenino» la escritura —y el habla— utilizan el genérico masculino para expresar lo masculino a la vez que lo masculino y femenino. Son términos sin marca. Los términos femeninos, marcados por sufijos u otros medios, son metonímicos en este sentido ya que sólo pueden expresar lo estrictamente femenino. Así se puede decir «en el aula había cuarenta niños» aunque en la misma sólo hubiese un niño propiamente dicho. De otro modo habría que decir «en el aula había treinta y nueve niñas y un niño.»

—Señora maestra, ¿cómo se forma el femenino?

—Partiendo del masculino: la *o* final se sustituye por una *a*.

—Señora maestra, ¿y el masculino cómo se forma?

—El masculino no se forma, existe.¹

—En cualquier texto el número de veces que aparecen los térmi-

¹ Anna M. Piussi (1987, 1990, 1991) «Significatività/visibilità del femminile e logos della pedagogia.» En AA.VV. *Diotima*. Milano, La Tartaruga, 113-150. Trad. *ad hoc* V.S.

nos «hombre», «varón», y «padre» es mucho mayor que el de «mujer» y «madre». Es frecuente en cambio sustituir mujer por «hembra» a pesar de que éste es un término zoológico, válido sólo si en el mismo contexto se hace o puede hacerse referencia también a «macho».

«Padres» por padre y madre es de uso frecuente. El término ha deglutido (incluido) a «madre» de modo que por «madres» nunca entenderíamos que están incluidos los padres.

Es muy numerosa también la cantidad de veces que la voz «hombre» subsume la voz «mujer.»

La fagocitación lingüística es la expresión y representación en lo verbal de la fagocitación de la Madre por el Padre y, por extensión, de la mujer por el hombre.

—En el lenguaje, el hombre está sobrevalorado.

El «lenguaje del desprecio» (M. Yaguello, 1979) es la manera de aludir a las mujeres como a miembros de un grupo inferiorizado. Por poner sólo un ejemplo ilustrativo, las mujeres pueden ser tratadas de «zorras», sean o no prostitutas, por cualquier desliz respecto al rol asignado. Pero cuando se quiere insultar a un hombre por el mismo motivo, esto se produce insultando previamente a una mujer: «hijo de puta», o «hijo de zorra».

En el lenguaje de la minimización y el desprecio, entra el abuso de hipocorísticos, especialmente cuando no hay para ello motivos de confianza. Así «lady Di» o «Fergie», usados generosamente por la prensa británica y después por las demás, era un modo de decir que ambas nueras de la reina de Inglaterra eran «tontitas» pero, además, pertenecían a todos ya que todos podían tratarlas con la misma familiaridad. O sea que eran públicas en el peor sentido de la palabra. El uso de palabras tales como «muñeca» y «niña» cuando aluden a una mujer es una manera de cosificarla y minimizarla. A los grupos subordinados, como nos recuerda Baker-Miller (1976) y es conocido por la psicología social, el grupo dominante les atribuye y estimula para que las desarrollen, características infantiles, tales como inmadurez, debilidad y otras. Lo peor es que el lenguaje del dominador es usado también

por el propio dominado, en este caso, dominada.

—La nula validez del lenguaje femenino: el *bavardage*.

Cómo es hablada la mujer, qué tratamiento le da el lenguaje, es sólo uno de los aspectos de éste. La otra parte es cómo lo usa ella, qué dice, a quien lo dice, y qué valor toma lo que dice.

Desde el nacimiento las niñas y luego las mujeres son mejores que los varones en aptitud verbal, y ésta es una de las escasas diferencias entre los sexos de los que hoy por hoy se tiene garantía científica probada.

A partir de la pubertad-adolescencia, los varones pueden igualarse o superar a las chicas en razonamiento verbal (forma superior del uso del lenguaje). De todos modos esto sólo sería verdad para aquellos muchachos que van a proseguir estudios de alguna clase, que no podrían llevarse a cabo sin un correcto rendimiento lingüístico. Sea como sea, la verdad general de la superioridad femenina en competencia verbal está universalmente admitida. Y en cambio...

Pocas cosas hay tan ridiculizadas como el habla femenina. Los varones están *a priori* desmotivados por aquello de que hablan las mujeres, y no sólo cuando lo hacen de bebés, comidas y limpiezas—contenidos que en tanto que seres humanos también les competen— sino si hablan de cine, de política, de arte..., o de lo cara que está la vida.

Las mujeres no hablan: «charlan», «cotillean», «murmuran», etc. Como no se les puede negar la aptitud, se rebaja la aptitud: «hablan demasiado», «hablan por los codos», están de «cháchara». Este aparente hablar por hablar en francés se llama *bavarder* y la socióloga Verena Aebischer (1985) explica cómo el *bavardage* es el sustantivo que en ese país define por excelencia el habla femenina, aunque el fenómeno se encuentra en toda la literatura y en todas las civilizaciones.

El *bavardage* deviene la marca de la diferencia entre un universo masculino y un universo femenino. Rasgo real o imagi-

nario, está amalgamado con una entidad biológica: las mujeres, y funciona de hecho como un rasgo racial.¹

Pero hay más ¿se llama *bavardage* en francés, o *cháchara* en castellano, o *xerrameca* en catalán, porque realmente es un hablar insípido, sin contenidos, fútil o hasta delirante, o al contrario, se le aplican estos adjetivos porque por muy interesante que sea lo que dice... no causa efecto alguno?

Al hablar, como dice Collin (1992) como por ventriloquía del varón, las mujeres no transforman la realidad con sus palabras porque son palabras sin agenticidad social, sin poder de ejecución. Son palabras que ya nacen muertas, tanto si son portadoras de contenidos primarios como secundarios. En la cita que sigue de Rossana Rossanda se puede añadir *hablado* a *pensado*:

El mundo está hecho de dos sexos, pero es pensado por uno solo. ¿Cómo podría someterse a crítica desde la feminidad cuando ésta es una fuerza subalterna?²

Al quedar fagocitada la Madre, ésta quedó enmudecida en el seno del Padre; en todo caso, patético portavoz suyo, de su orden patriarcal, *porteadora* de los bienes culturales de aquel, entre los cuales está el de que ella haya dejado de existir. Posiblemente habla «por boca de ganso», pero en este caso el ganso tiene el poder. Nunca se ha demostrado que el que tiene el poder sea en todos los sentidos el *mejor*.

El paradigma de la mujer cuyo lenguaje ha quedado inoperante, desconectado de los hechos, es Casandra, la princesa troiana reducida a esclavitud por el jefe de la armada griega, Agamenón, y asesinada junto a él a manos de la esposa de este. Casandra ya había profetizado los males que caerían luego sobre Troya y sobre ella misma... pero nadie la creyó. Apolo, el dios solar que asciende al rango superior con el advenimiento del patriarcado, enojado por el rechazo sexual del que ella le hizo objeto, la con-

¹ V. Aebischer (1985) *Les femmes et le langage*. Paris: PUF, 20. Trad. *ad hoc* V.S.

² M.C.C. *El País*, 17 septiembre 1985.

denó a la no credibilidad, por más que sabía lo que decía:

Desde la Grecia arcaica esta célebre figura mitológica aparece con tanta discreción como perseverancia en la tradición literaria occidental y llega a convertirse en el símbolo de la falta de reconocimiento público del discurso femenino.¹

A pesar de todo el lenguaje existe y puede tomar distancia respecto al uso que se hace de él. Las oraciones subordinadas pueden ser principales, la semántica ser otra, los sujetos y los predicados pueden intercambiarse. Un médico alemán, autor de un opúsculo infamante titulado *La inferioridad mental de la mujer* (Moebius, 1900) dice que «la lengua es la espada de las mujeres porque su debilidad les impide combatir con el puño.»

¿Por qué no?

5. Evidencia histórica: la línea judeocristiana

El autor J. Campbell escribió en 1962 en el libro titulado *Oriental Mythology*: «los hombres han buscado visiblemente aniquilar totalmente la concepción de la creación por la mujer.» En los orígenes, nos dice W. Lederer (1968), autor de la cita, en una obra sobre «el miedo a las mujeres» cuya extensión y documentación la convierten en un clásico, la creencia era que todo lo contenido en este mundo, incluidos los hombres, era obra de la Gran Diosa, sea cual fuese el nombre que tomara. Ella lo había hecho todo... sola. Con el tiempo se modificó este último punto dotándola de un esposo fecundante (Isis-Osiris; Ishtar-Tammuz, etc.), si bien esto no ocurrió en todos los países en las mismas épocas, o sea, de forma simultánea. La decisión siguiente fue argüir que el mundo había sido creado *en* el cuerpo de la Diosa por un guerrero macho. El último paso consistió en «explicar el mundo como el acto de creación debido al único poder de un dios macho.»

¹ Ana Iriarte (1968) «Casandra tràgica». A.M. Jufresa (ed.) *Saviesa i perversitat: les dones a la Grècia Antiga*. Barcelona: Destino, 47:83, 49, Trad. *ad hoc* V.S.

Bien que el patriarcado se nos aparece como un fenómeno universal, si reducimos la amplitud de la mirada a la cultura occidental nos encontramos con que ésta es heredera de dos vías de pensamiento: la hebrea (con el añadido posterior del cristianismo) y la griega. Se ha prestado más atención a esta última por ser la portadora del *logos*, concepto que se cuaja en masculino-patriarcal desde el principio. La vía hebrea ha sido calificada en cambio de «femenina», especialmente por los nazis antes de y durante la II Guerra Mundial, años en los que el principio viril por excelencia estaba representado por el poderoso macho de raza aria.

El calado del ordenamiento judeo-cristiano es en cambio muy profundo. Está inscrito tanto en la memoria colectiva como en la vida cotidiana; late y se agita en las creencias y costumbres de muchos millones de seres humanos. Las tablas de la Ley mosaica, asumidas por el cristianismo, han sido norma de vida durante muchos siglos y lo son todavía para numerosas personas de esta gran área del mundo.

Tomando el libro hebreo por excelencia, la Biblia (en este caso el Antiguo Testamento) se puede observar cómo la mujer está muda en el Génesis: ya no tiene la palabra, ni el nombre, ni el linaje. Nace ya muerta (de varón y no de mujer), indefensa y condenada por una supuesta infracción, lo que la pone bajo la férula del varón. Eva no tiene madre ni es madre en el sentido pleno de la palabra.

Merece la pena observar el orden de las genealogías en el Génesis, primer libro del Pentateuco, para darse cuenta de que la Madre está proscrita y ni siquiera se puede rastrear su huella.

Ni tan sólo Lilith, la primera compañera de Adán según el folklore judío, resulta útil en este sentido ya que no llegó a tener hija o hijo. Se fue, eso sí, llevándose el secreto del nombre verdadero de Dios, al que fue capaz de hablarle de tú a tú porque ella sí lo conocía.

Dios, Señor o Yavéh, como quiera que suele llamársele, es posible que sea alguien que aparece «en lugar de». Quizá ésta sea la única pista, por otra parte borrosa, que dejó Lilith.

El libro del Génesis se divide en dos secciones.

Primera sección: Historia de la humanidad hasta Abraham.

Comprende cinco generaciones:

1. La del cielo y la tierra (1 - 4).
2. La de Adán (5 - 6, 8).
3. La de Noé (6, 9 - 9, 29).
- ④ Hijos de Noé (10 - 11, 9).
5. La de Sem (11, 10 - 26).

Segunda sección: Historia de los patriarcas. En total comprende otras cinco generaciones acumulativas a las primeras.

6. Teraj (11, 27 - 25, 11).
- ⑦ Ismael (25, 12 - 18).
8. Isaac (25, 19 - 35).
- ⑨ Esaú (36).
10. Jacob (37 - 50).

De estas diez generaciones, la cuarta, la séptima y la novena, junto con la de Caín (Gén. 4) son líneas colaterales, mientras que las otras siete forman una línea recta, que va desde Dios, Creador del cielo, de la tierra y del hombre, hasta Jacob.

Esta genealogía es la que el evangelista Lucas utiliza para emparentar directamente a Jesucristo con Dios.

El historiador sagrado, nos indica la introducción al Pentateuco, no pretende presentar una historia exhaustiva de la humanidad entera sino destacar personajes y sucesos que son como hitos de la misma. Los ojos, dice, «están fijos en la línea recta de las generaciones privilegiadas descartando las colaterales como cosas que no interesan.»

Primera generación: Adán y Eva.

Primera Creación de Adán, el hombre, a imagen y semejanza de Dios «para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella.» (1, 26) (...) «Y los creó macho y hembra» (1, 27).

Segunda Creación de Adán. Lo hace de polvo de la tierra y luego le inspira el aliento de vida «y fue así el hombre ser animado.» (2, 7).

Creación de Eva. Formación a partir de una costilla de Adán (2, 21 - 22). «Se llamará varona porque del varón ha sido tomada.» (2, 23). El hombre llamó a Eva su mujer por ser madre de todos los vivientes. (3, 20).

Caín y Abel.

Conoció el hombre a su mujer, que concibió y parió a Caín (...) Volvió a parir y tuvo a Abel, su hermano. Fue Abel pastor y Caín labrador. (4, 1 - 2).

La descendencia de Caín.

Conoció Caín a su mujer (?) que concibió y parió a Enoc. (...) A Enoc le nació Irad, e Irad engendró a Maviavel; Maviavel a Matusael y Matusael a Lamec. Lamec tomó dos mujeres, una de nombre Ada, y otra de nombre Sela. Ada parió a Jabel, que fue *el padre* de los que habitan tiendas y pastorean. El nombre de su hermano fue Jubal, *el padre* de cuantos tocan la cítara y la flauta. También Sela tuvo un hijo, Tubalcaín, forjador de instrumentos cortantes de bronce y de hierro. Hermana de Tubelcaín fue Noema.

Dijo pues Lamec a sus mujeres:

«Ada y Sela, oíd mi voz.»

«Mujeres de Lamec, dad oídos a mis palabras.»

«Por una herida mataré a un hombre.»

«Y a un joven por un cardenal.»

«Si Caín sería vengado siete veces, Lamec lo será setenta veces siete.» (4, 17 - 24).

Caín, desterrado por Dios, temió por su vida pero Yavé le había dicho: «Si alguien matara a Caín sería éste siete veces vengado.» (4, 15).

De la descendencia de Caín queremos destacar que cuando Lamec dirige a Ada y Sela su advertencia y amenaza feroz, sólo es comprensible desde dos presupuestos:

1.º Son educadoras de los hijos y lo han de hacer de tal modo que, pase lo que pase, el padre permanezca incólume, intocable. En tanto que madres-función-del-Padre es su competencia y responsabilidad no criar hijos rebeldes sino domesticarlos.

2.º Es posible que algunas madres buscaran la complicidad de sus hijos varones para terminar con el poder del padre, alentando en ellos el espíritu de revuelta para la consecución de algún cambio.

Segunda generación.

Este es el *libro de las generaciones de Adán*. Cuando creó Dios al hombre le hizo a imagen de Dios. Hízoles macho y hembra y los bendijo, y les dio al crearlos el nombre de Adán.» (5, 1 - 2).

Hijos sucesivos de Adán:

Set (engendró hijos e hijas)

Enós " " "

Cainán " " "

Mahabel " " "

Javed " " "

Enoc " " "

Matusalén " " "

Lamec " " "

Noé " " "

Sem, Cam y Jafet (5, 3 - 32)

Tercera generación: Noé y el diluvio

Salvo los casos de Ada y Sela, las mujeres son nombradas en tanto que «hijas» o como «hijas de los hombres». En el capítulo de la tercera generación se hace una distinción entre «hijos de Dios» e «hijos de los hombres» (posiblemente los que han perdido la línea directa). Los primeros, a pesar de todo, toman mujer (es) entre las hijas de estos últimos, lo cual no es agradable a los ojos de Yavé,

porque introduce un elemento de impureza.

En cuanto a Noé, tres fueron sus hijos: Sem, Cam y Jafet, de ellos se pobló toda la tierra. (9, 19).

Existían entonces los gigantes de la tierra, y también después, cuando los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres y les engendraron hijos. Estos son *los héroes* famosos muy de antiguo. (6, 4).

Quinta generación: genealogía de Sem.

Desde 11, 10 hasta 11, 26 se enumeran los varones «cabeza de lista» añadiendo que «engendraron hijos e hijas.»

Sexta generación: genealogía de Teraj.

En esta genealogía aparecen dos mujeres, Sarai, mujer de Abram, y Melca, mujer de otro hijo de Teraj. En los versículos destinados a las generaciones de Teraj las mujeres aparecen con su nombre propio antes citado, y también como «hijas de» y «nueras de». Nunca como «madre de».

Octava generación: generaciones de Isaac.

Isaac, el hijo legítimo de Abraham, tiene dos hijos gemelos: Esaú y Jacob. El primogénito es Esaú pero es conocida la venta de la primogenitura a Jacob a bajo precio así como el engaño del padre Abraham, que cree bendecir a uno cuando realmente está bendiciendo al otro. Esto con la connivencia de la «madre», Rebeca, denominada como tal en el texto.

Décima generación: genealogía de Jacob.

Son doce hijos varones entre los que se encuentran Rubén, José y Benjamín. Se declaran a sí mismos «hijos del mismo padre» como un título de dignidad. Ninguno hace referencia a sus madres.

De las mujeres en general, cuando son madres, se dice que «les dan hijos a los hombres» o «les paren hijos» pero se evita, no por casualidad, afirmarlas como «madre de». Y la diada madre-hija no se da en absoluto, creando un vacío pavoroso.

Las cuatro generaciones colaterales lo son porque hay transgresiones manifiestas. En el caso de Caín, queda claro que Dios le destierra. La línea de los hijos de Noé queda como secundaria cuando el padre declara que es Sem el predilecto de Dios. En el caso de Ismael, éste no presenta la suficiente «pureza de sangre» por ser el hijo de la esclava Agar, innecesario una vez nacido el «puro» Isaac. En cuanto a Esaú, perdida «voluntariamente» la primogenitura, pierde a su vez la condición de digno sucesor del padre.

En todo el Génesis queda claro que Dios (un Super-Padre) introduce la clasificación de los seres humanos en categorías diferentes y jerarquizadas: hombres y mujeres; hombres hijos de Dios y hombres hijos de los hombres. El enfrentamiento entre grupos queda garantizado... y divinamente legitimado.

Lothar Perlitt (1976) experto en el Antiguo Testamento, explica cómo en el Génesis el padre es un principio fundacional genealógico. Los linajes estaban reunidos en tribus cuyas dimensiones se determinaban por la organización de la alimentación y la defensa frente a las amenazas. Todo este sistema descansaba sobre la paternidad. Más allá de la exactitud histórica las tradiciones expresan la creencia en ancestros comunes, con el significado de una sangre común. Los hijos de un «padre» son hermanos y en tanto que tales se deben fraternidad. («Hijos», «hermanos», sólo en masculino). El padre es el portador y mediador de la sangre, las tradiciones históricas y religiosas, de modo que toda la vida, tanto la sagrada como la profana, pasa por él y se transmite a los hijos varones, los cuales se consideran padres virtuales. No hay trazas de sucesión matrilineal en la genealogía, recalca Perlitt por si hubiera alguna duda. «Las madres dan a luz y los padres engendran. En el A T un/a menor nunca es nombrado/a según su madre: «hijo de *la* tal...»¹

Pero el término «padre» no cubre sólo a la mujer en tanto que útero extracorporal del mismo, y a los hijos en tanto que sucesos-

¹ L. Perlitt, 1983, 71-128, 84. Trad. *ad hoc* V.S.

res suyos (las hijas reproducen simplemente a ese ser secundario que es la madre), sino que amplía su ámbito a lo que se denomina «casa». El individuo masculino está totalmente inserto en un organismo, un sistema de relaciones graduadas en el que ocupa un lugar fijo y no intercambiable en el seno de una totalidad (Israel). La articulación es pues Pueblo-Tribu-Clan-Casa-Hombre. En última instancia el individuo, pero éste inserto a pesar de todo en una «casa del padre».

La casa del padre designa siempre la comunidad solidaria de los que viven realmente juntos. El pueblo se constituye a partir de una multitud de casas *del padre*.¹

Este padre (patriarca) administra todos los bienes, decide los matrimonios, programa la defensa, bendice... y maldice a los miembros de la Casa según su comportamiento, etc.

Paradójicamente Perlitt dice que el concepto patriarcal de base no excluía en absoluto la influencia y el respeto inherentes a la esposa y madre. Los padres son nombrados expresamente padre y madre (subrayando la y); se habla de llorar a uno y a otra en caso de muerte; se obedece a uno y a otra, etc. Hay una igualdad jerárquica entre marido y mujer puesto que Dios los creó como tales; si uno abandona la casa de su padre para casarse también lo hace la otra, para hacer nacer una nueva casa... del padre. Que la mujer pariera descendientes a su marido la hacía respetable, y el trabajo doméstico que realizaba gozaba de consideración. Pero esto no podía ser de otro modo puesto que «los hijos —en masculino— aportan al padre consideración, protección y alegría.» La maternidad derrotada no tiene otra opción que «colaborar» con el Padre, de buen grado a veces y otras a regañadientes, como todo grupo vencido en tanto que no se sacude el yugo.

El autor se esfuerza en recalcar que el padre-marido «no es que sienta gusto por la dominación», «no es que sea un tirano», «no es un déspota» pero... «de él procede toda la fuerza que penetra toda

¹ L. Perlitt, 1983, 71-128, 80. Trad. *ad hoc* V.S.

la esfera a la cual pertenece y que le pertenece.» Después de todo él es «el señor de las mujeres, las criaturas, los servidores», pero llama «Señor» al dios de Israel. Lo que no dice Perlitt es que esta supuesta servidumbre a dios no es tal en el fondo, pues respecto a ese Señor, también masculino y Padre en tanto que cima de la estructura patriarcal, él es un hijo virtual de dios como sus hijos varones lo son respecto de él mismo. El dios de Israel ante el que se inclina es el garante de su propio poder patriarcal.

Las mujeres no pueden sentirse *madres virtuales* porque la maternidad no es un referente co-constituyente de la comunidad, ni una categoría a alcanzar en el futuro. Es sólo una función, la de gestar, parir y criar para el Padre, hasta el tiempo que sea necesario, a los hijos-padres virtuales —o aprendices de Padre—, y a las hijas necesarias para el relevo generacional.¹

El Padre celestial anunciado por Jesús es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Mt. 8, 11). A ese Dios se le llama Padre en el Antiguo Testamento y se le sigue llamando Padre en el Nuevo. Padre sin Madre en ambos casos. La reunión de los principios paterno y materno tampoco se consigue en el cristianismo, una religión una vez más incompleta, limitada, patriarcal. El sacrificio ritual del Hijo, con desprecio de la voluntad (ignorada) de la Madre. es uno de los requisitos del poder del Padre como ya se vio en Abraham; dueño absoluto de vidas y haciendas, amo de la bendición y de la maldición, el filicidio pasa a ser una prueba de Su omnipotencia. Con ella se demuestra no sólo que el hijo es suyo sino también, y quizá más importante, *que no es de su Madre*, la cual queda inmediatamente rebajada a la condición de madre-función-del-Padre o, dicho con otras palabras, de sierva. Y «sierva» se proclama María cuando le es anunciada por el ángel su maternidad corporal. La Dolorosa, con las siete espadas de dolor clavadas en el corazón según nos la presenta la Iglesia Católica a los pies de la cruz, es la metáfora de todas las madres desposeídas que han visto a sus hi-

1 V. Sau, 1994a, 109.

jos/as conducidos a la muerte (guerras, hambrunas, genocidios) y a la prostitución, según la estructura patriarcal de la sociedad.

La prepotencia del Padre infantiliza a perpetuidad al hijo, que vive permanentemente como «aspirante a». El Padrenuestro, la oración cristiana por excelencia pues fue el propio Jesús quien la enseñó, está constituida por tres partes que así lo demuestran: la alabanza, el que se haga su voluntad en un continuum que va del cielo a la tierra, y la imploración de ser perdonados.

Los varones están inermes frente al Padre puesto que no hay Madre que los defienda, pero gozan de la oportunidad de identificarse con él y resultar gratos a sus ojos. Las mujeres también están inermes por el mismo motivo, pero al mismo tiempo no pueden hacer suyo el modelo del Poder porque *antes* han sido excluidas de la aspiración al mismo. Los hijos no tienen Madre pero se les educa para que crean no sólo que no la necesitan sino que sería un estorbo; las hijas no tienen Madre pero se las educa en la convicción de que las mujeres no tuvieron nunca esta aptitud, como si fueran de otra «raza» (concepto que desarrollan los griegos) por supuesto inferior. La esclavitud al Padre en sus múltiples manifestaciones (Padre, hermano, marido, hijo, suegro, cuñado, etc.) queda garantizada. Y la coherencia interna del sistema es tal que no deja, sino después de muchos siglos, lugar para las filtraciones.

Entre las normas de la coherencia interna está la de la ruptura de la díada Madre-Hija, que ponía en peligro la genealogía masculina y que daba por supuesto que la Madre tenía algo que transmitir al vástago de su mismo sexo. En el Nuevo Testamento, a diferencia del Antiguo, María sí tiene madre, Ana, pero ésta no aparece nunca en el Evangelio. Además de que la representación pictórica o iconográfica de Ana y María, con el Niño o sin él, es muy reducida (Leonardo de Vinci es una de las excepciones) María a quien da cuenta de su embarazo no es a su madre sino a su prima Isabel, como bien nos lo hace notar Luce Irigaray (1989) en *Le mystère oublié des généalogies féminines*. Tampoco aparece la abuela de Jesús en la presentación del Niño en el templo; ni Jesús, durante su vida pública, la pone nunca en su boca.

Bien es verdad que María, en tanto que medio humano para que el Hijo de Dios viniera al mundo, podía haber quedado pronto relegada a un relativo anonimato. Pero fue el clamor popular el que obligó a que la Iglesia romana la enalteciera a la categoría de *Madre de Dios* en el Concilio de Éfeso (a. 431). Como dice una de las biógrafas de María, Hilda Graef «la *theotokos* había venido a ocupar el lugar de la pagana Artémide (Diana).» Acostumbrados los antiguos a la pluralidad de diosas y dioses, no concebían un Dios-Único sin la parte femenina. La idea abstracta del Dios-Padre cristiano no hubiera sido asimilable. Y no por falta de capacidad de abstracción, sino porque la raza humana requiere una representación de dos, y si sólo hay Uno es que se ha secuestrado a la Otra.

La necesidad no demasiado consciente de la Madre perdida empujó al pueblo cristiano a un fervor tal hacia la Virgen María que la Iglesia tuvo que intervenir para diferenciar la *adoración* (latría) debida a Dios y a su Hijo Jesucristo, de la *veneración* (hiperdulía) permitida a su Madre.

La Reforma elimina la importancia de la Virgen María cuando las diversas iglesias cristianas se van multiplicando desde el siglo xv hasta el xix. La desaparición de esta figura femenina emblemática a pesar de «medianera» responde a un plan preconcebido. La Madre, emergente aunque en condiciones precarias, tiene que ser hundida de nuevo en el olvido, reducida a los fogones como una Cenicienta (huérfana de madre también). El patriarcado burgués y capitalista que viene anunciándose con la Reforma, considera un estorbo a esa madre simbólica que intercede a Dios-Padre por sus hijos e hijas poniendo de manifiesto la miseria y el sufrimiento en que los obliga a vivir. El absolutismo paterno no puede permitirse esa sombra amenazadora a espaldas del Padre. La ancestral división del Génesis entre «hijos de Dios» e «hijos de los hombres» que un cristianismo incipiente intentaba borrar, aunque fuese de cara a un supuesto «cielo», vuelve a implantarse.

Los hijos de Dios son los blancos, los ricos, los conquistadores, los amos. Los hijos de los hombres son los de otras razas, los que no usan su talento para hacerse millonarios a costa de quien sea,

los que son tan ilusos que se entretienen con valores *demodés* como la compasión, la solidaridad, la caridad (amor), sentimientos propios de seres inferiores, femeninos.

Gui Rosolato (1969), psicoanalista, en su obra *Ensayos sobre lo simbólico*, desmiente la idea de que el papel de la Virgen María en el catolicismo romano pueda tratarse de un retorno a lo femenino y además defiende la idea contraria.

Para el Islam como para el protestantismo, el rechazo categórico de toda imagen femenina en la mitología religiosa podría conducir, sin ser eso contradictorio, a una especie de retorno de la mujer y de su importancia social y, si se puede decir, *trófica*, convirtiéndose en polo de dominación y, mediante las leyes de protección, en un matriarcado latente.¹

Sostiene Rosolato que la presencia manipulada de lo femenino en el catolicismo por medio de la representación de María impide más que favorece el advenimiento real de la mujer. No parece que los tiempos le den la razón. Las mujeres del área protestante puede que estén aparentemente más liberadas (aunque todavía ahora pierden su nombre de hijas para tomar el de madre-función-del-Padre) pero es a costa de imitar el modelo masculino más que de encontrar su camino propio; y conste que esto no significa una crítica y que no va en detrimento del valor que tienen los logros por ellas conseguidos.

En cuanto al Islam, no parece que por estar lo materno-femenino más depreciado y ausente de la vida religioso-política se haya suscitado o se vaya a suscitar la clarividente necesidad de la Madre. Al contrario. Usando argumentos tomados del propio psicoanálisis podemos afirmar que lo tan celosamente reprimido no tiene ocasión de manifestarse. La superchería de una madre fingida, en cambio, da pie a que se desvele la auténtica. Del mismo modo que la madre concreta de cada cual no es la Madre pero da testimonio de la impostura, la Madre de Dios nos hace guiños

¹ Gui Rosolato. *Ensayos sobre lo simbólico*. Barcelona, Anagrama, 1974, 98-99.

acerca de dónde debemos buscar a la verdadera.

6. Evidencia histórica: línea griega. La última vez que nuestra madre habló

Así como en el Antiguo Testamento ya han desaparecido las huellas de la Madre, en el mundo griego podemos asistir todavía al desarrollo de los hechos. Dos caminos, el del mito y el de la tragedia, nos dan cuenta de lo que algún autor ha llamado «prehistoria» del patriarcado o, dicho de otro modo, el *antes* del orden patriarcal, más tarde en posición dominante; y con un alto grado de aproximación a la verdad.

Dejamos de lado las referencias de Plinio en *Historia Natural*, Homero en la *Iliada* y Apolonio de Rhodas en la *Argonáutica*, según los cuales fue Eurinome («la que todo lo gobierna») la responsable de la creación del mundo a partir del Caos (R. Graves *The Greek Myths*) para acudir a Hesiodo y su *Teogonía* y poder penetrar en el panteón de las divinidades griegas, aquellas que prefiguran el orden patriarcal, y en las cuales el padre es un dios-consorte que se manifiesta en toda su bárbara crueldad.

Tres parejas de divinidades constituyen la cosmogonía griega que su autor toma de leyendas anteriores y de las que extrae un orden generacional:

GEA (La Tierra)–URANO (El Cielo)
REA–KRONOS
HERA–ZEUS

La primera pareja, Gea y Urano, tienen hijas e hijos, las titánides y los titanes y los cíclopes, gentes de gran fuerza física. La unión sexual se produce por entonces entre hermana y hermano por motivos ajenos al propósito de este relato, pero que podemos al menos sintetizar para mejor comprensión del mismo:

a) El tabú del incesto madre-hijo, el primero y primordial, no está todavía sedimentado. El correspondiente a hermana / o es más

tardío aún. El último en aparecer es el de padre-hija.

b) Si se quiere mantener un privilegio de «clase» en el seno de un grupo de individuos, la relación sexual incestuosa se impone si no se quieren descendientes espúreos y el grupo en cuestión no es muy numeroso.

Urano, todopoderoso, es autoritario y maltrata a su progeñie. Gea, la madre, ante el abuso de poder y haciendo uso más de un derecho materno que del vínculo de compañera que le une al dios, insta a uno de los hijos, evidentemente el mejor preparado para ello, para que castre a su padre. Este hijo es Kronos y así lo hace, tirando luego los testículos cortados de su padre al mar.

Kronos ocupa el lugar del padre, unido a Rea, su hermana, pero el despotismo también se apodera de él. Receloso de ser destronado por algún descendiente, como él destronó a su padre, devora los hijos que Rea va dando a luz a medida que nacen. (Si Freud hubiera formulado el «complejo de Kronos» en lugar del del joven y desvalido Edipo, posiblemente el psicoanálisis hubiera tomado otros derroteros).

Una segunda madre, esta vez Rea, consigue salvar a uno de ellos, Zeus, para que cuando sea mayor la vengue a ella misma y a sus hermanos/as. Llegado el momento Zeus vence a su padre y se instala en el poder después de liberar a todos los cíclopes, gigantes y titanes, hijos de la primera generación, que yacían aherrojados por Kronos en un lugar tenebroso pero que seguían vivos porque se trata de dioses y por lo tanto son inmortales. Uno de estos titanes es Prometeo. Las hermanas y hermanos rescatados por Zeus son Hera —más tarde su esposa—, Hestia, Deméter, Hades y Poseidón.

Zeus, debido a su hazaña, toma la categoría de «jefe de la familia Olímpica» (su lugar de residencia) y de representante del derecho y la justicia después de haber vencido el titanismo primitivo. Si Urano y Kronos fueron destronados a causa de su proceder injusto, Zeus será llamado el Justo y su comandamiento será duradero. Homero y Hesiodo, en sus respectivas obras, consolidan y, en palabras del historiador Herodoto *fundan*, la religiosidad griega

a partir de Zeus «dios de dioses» y «padre de los dioses y de los hombres», ya que al orden divino debe corresponderle el orden terrenal. (W. Lemke, 1976).

Un «orden universal moral» es formulado a partir de la figura de Zeus y avalado por un «orden jurídico patriarcal». La familia es el marco de referencia, con el padre a la cabeza, garantía de buenas costumbres que sólo las pasiones son a veces capaces de doblegar. Homero, llamado también educador de los griegos, cumple en parte la función, valga lo rústico de la comparación, de San Pablo con respecto a los Evangelios.

Estamos frente a unas protofamilias Olímpicas, cuyos miembros están dotados de inmortalidad, y que son modelo para los mortales de abajo.

Robert Graves (1964) nos dice que en Europa había diosas pero que no hubo dioses hasta la invasión de Creta por una pequeña flota de semitas y pastores nómadas patriarcales procedentes del Asia Central cuya divinidad principal era Zeus, el dios del trueno. Este dios supremo de los Helenos llega al espacio mediterráneo con la invasión de las tribus griegas de organización patriarcal, casi repite Lemke (1976).

...y se impuso al final de un largo proceso de historia religiosa, a las potencias telúrico-maternales de la profundidad y de la muerte, pero sin despojarlas de todo poder.¹

Quien dice que no hubo lucha entre los sexos está en un grave error. Durante el «largo proceso» las mujeres no son todavía unas desposeídas totales, de modo que podemos asistir a los enfrentamientos, los pactos y las alianzas. El punto de partida es negativo para ellas: la complicidad de las Madres con sus hijos varones para destronar al Padre no sólo no lo consigue sino que afianza dicha paternidad en términos de patriarcalismo. Complicidad tantas veces repetida después a lo largo de la Historia. La díada madre-hijo queda privilegiada con respecto a la de madre-hija, pero para de-

¹ Lemke, 1983, 149.

cepción de la madre el hijo se volverá matricida como veremos más adelante.

Grecia, país agrícola, estaba bajo la protección de la diosa Deméter, protectora de la agricultura. Hera, la diosa más importante del Peloponeso era objeto de culto totémico y su tótem era el pavo real. Atenea regía el mundo de la artesanía y su animal tótem era el búho.

Siguiendo a Graves (1964) hubo un período en el cual coexistieron seis estados griegos matriarcales, bajo el dominio de Hera, y seis patriarcales bajo el de Zeus, que formaban una federación. Pero hubo una guerra civil y Zeus fue temporalmente dominado. Poco después y gracias a un grupo de aliados extranjeros retomó el poder y se vengó además de sus enemigas, especialmente de Hera a quien humilló grandemente ante todo el Olimpo, así como a otras deidades. El consejo democrático de seis contra seis, cada uno con su representante humano, fue destruido al principio de la era clásica por medio del desplazamiento de Hestia, diosa del hogar, ya mencionada, por Dionisio. Desde entonces las mujeres estuvieron en minoría —cinco frente a siete— y aunque conservaron algunos privilegios específicos ya no volvieron a participar en el gobierno.

A partir de esta derrota, Hera aparecerá como la esposa fiel y doméstica destinada a soportar con resignación los múltiples devaneos amorosos del marido Zeus. Roída por los celos, su espíritu de venganza se volverá contra sus rivales femeninas, haciendo más profunda la separación entre mujeres tan necesaria para el buen funcionamiento del orden patriarcal.

Pero el «proceso» aún no acaba aquí. Las evidencias son todavía más categóricas en los tres hechos siguientes: 1) la «maternidad» de Zeus; 2) la afrenta a Deméter; 3) la fabricación de la mujer: Pandora.

A Zeus, la divinidad suprema de los griegos, no le bastó con tener a las madres bajo su poder, sino que también quiso ser madre él mismo. De este deseo le nacieron una hija y un hijo.

Una de sus numerosas relaciones extraconyugales tuvo lugar

con Metis, una de las Titánides liberadas por él después de destornar a su padre, a pesar de que ella se resistía. Embarazada ésta, la Madre Tierra dice que dará a luz una niña, pero que si vuelve a concebir, el hijo que nazca depondrá a Zeus del poder. (No olvidemos que el titán Prometeo, el que robó el fuego de los dioses para dárselo a los hombres, considerado introductor de la cultura entre los humanos, y que sufrió por ello la condena de Zeus durante muchos años, estaba en poder de un secreto que el «padre de los dioses» no logró arrancarle: a qué mujer debía unirse Zeus para que el hijo nacido de esta unión *no* le derrocara).

Temeroso el dios, en uno de sus encuentros sexuales con Metis la traga, la devora, la ingiere, de modo que el resto del embarazo se produce en el vientre de Zeus. Llegado el momento del alumbramiento, fuertes dolores de cabeza le aquejan, y después de ser sometido a una, podríamos llamar, «trepanación», surge Atenea, ataviada con lanza y escudo y llamándole «padre». Dejamos a la interpretación libre de las/os lectores la metáfora de este nacimiento, que hace de la antigua deidad que matrocina la artesanía, una diosa de la Sabiduría... sin madre. Y cuyo papel es decisivo en el matricidio real del que hablaremos más adelante.

Es manifiesto que Zeus quiere ser *parturiento*. Habiendo incorporado a Metis encinta, se cuidará muy bien de dejar escapar a aquella cuya *inteligencia es necesaria* para el ejercicio de su *soberanía*.¹

Por otra parte, la nueva Athenea está condenada a no tener hijos.

Amante Zeus de una bella mortal llamada Sémele, y herida de celos y humillación su esposa Hera, esta, con ardides, convence a la joven, ya embarazada, para que le pida al dios que se le manifieste con todo su esplendor divino. Por tratarse ella de una mortal dicha visión le es por sí misma irresistible, pero Seméle le hace prometer al dios que le concederá lo que le pida, sin advertirle de

¹ Bernard This (1980) *El Padre: Acto de nacimiento*. Trad. Cast. Barcelona: Paidós, 1982, 133.

qué se trata. Cuando Zeus lo sabe ya no puede incumplir su palabra y Sémele muere fulminada por el espectáculo del dios. El hijo que esperaba se fija al muslo de Zeus y allí sigue la gestación hasta llegado su día: es el dios Dyonisos. En su religión mística arrastrará especialmente a las mujeres. A ese dios se le llama «dos veces nacido».

Para mejor comprensión de la afrenta a Deméter, conviene saber que después del triunfo de Zeus sobre cíclopes y titanes el mundo fue repartido entre cuatro divinidades hermanas: a Poseidón le correspondió el mar y todo lo que contiene; a Deméter, la tierra con todo lo que sobre ella vive; a Hades el mundo subterráneo, el de los muertos; a Zeus, el cielo, el aire, con el trueno y el rayo.

Deméter gobierna pues sobre los cultivos; se la llama a veces «diosa de la cebada» y representa la agricultura, el alimento, la vida. «Diosa-madre» significa su nombre (más tarde, en Roma, se la conocerá por Ceres). Es la única mujer de este tetravirato ya que los tres hermanos restantes son varones. Ella tiene varias hijas, una de ellas llamada Perséfone, cuyo padre y tío materno a la vez es Zeus. El vínculo con la Madre es en cambio el más importante porque la diada Madre-Hija está vigente todavía, aunque en trance de desaparición.

Una mañana, mientras Proserpina y sus hermanas están en un prado cogiendo flores, pasa a gran velocidad Hades en su carro y arrebató a la muchacha para llevarla a su dominio y hacerla su esposa en el reino del no-ser. «Había venido a cometer el primer acto de violencia que los/las hijos/as de la tierra hubieran jamás conocido», dice Phylis Chesler (1972). El matrimonio por raptó y violación (primero se rapta y más tarde se negocian las condiciones del matrimonio) y la diferencia de edad entre hombre y mujer (edad de padre, él; edad de hija, ella) quedan fijados como modelo, se puede añadir. El raptó de la joven contó además con la complicidad y posterior consentimiento de Zeus. Complicidad entre varones que no dejará de repetirse a través de los siglos.

Las hermanas volvieron junto a su madre y le contaron lo ocu-

ruido. Deméter lloró, ató sus cabellos y vagabundó por la tierra, desolada, buscando a su hija. Cuando otra deidad masculina, sabedora de lo ocurrido, le dijo que no había que lamentarse tanto sobre el destino natural de las hijas, el cual era dejar la casa de su madre, perder la virginidad, casarse y traer hijos al mundo, Deméter no quedó pasiva. Tan lejana todavía de la suegra del patriarcado que educa hijas dóciles para el yerno, o las adiestra en buscar maridos pudientes que cubran la pobreza endémica de la mujer, o las recrimina si han desobedecido la ley del Padre poniéndola a ella en evidencia en tanto que educadora, Deméter *toma la palabra*, y su palabra se cumple, se hace Acto:¹

Y bien, si tal debe ser el destino natural de las hijas, que perezca toda la humanidad. Que no haya más cosecha, ni grano, ni trigo, si esta hija no me es devuelta.

La última vez que nuestra Madre habló fue para demostrar que las hijas no estaban inermes, en estado de indefensión, sino protegidas y cobijadas por un derecho materno. La amenaza de Deméter se cumplió y la tierra ya no daba sus frutos. La negociación fue larga. Perséfone (a veces llamada Koré) no pudo dejar definitivamente el reino de Hades (había comido con engaño algunos granos de granada) pero sí volver a la tierra con su madre, la mitad del año según unos autores, nueve meses según otros.

Perséfone y sus hermanas, nos dice Chesler (1972) son tipos femeninos actualmente degradados: la primera es frígida, y las demás puede que sean alcohólicas o pretendientes al suicidio. Athenea, la más excepcional, puede que se dedique a la religiosidad, los libros, a hacer labores de punto y, sólo ocasionalmente, ciña una corona real o haga un trabajo universitario.

Pandora es una protomujer prefabricada. En la *Cosmogonía* de Hesiodo se nos habla de un tiempo en que las mujeres no existían en la tierra y los hombres vivían felices sin ellas. No se explica cómo habían venido al mundo, pero ahí estaban. Tampoco se

¹ La cita es de Ph. Chesler, 1975, 12.

explica suficientemente el porqué de su necesidad, aunque la respuesta la hallamos en los resultados.

Es Zeus quien decide «fabricar» una mujer y para ello convoca a Hefestos, el dios forjador, y a Athenea, convertida ya en su hija. La hacen de tierra y agua, pero le dan una apariencia exterior extremadamente bella para que seduzca a los mortales, aunque es portadora de todos los males para ellos. No tiene nombre, nos indica Nicole Loraux (1981), experta en temas helenísticos. No se llamará Pandora hasta que no haya que designar a los seres salidos de ella.

Si las mujeres están siendo degradadas a un nivel inferior es lógico que los hombres no quieran ser nacidos de ellas sino de un ser superior: otro hombre. Con Pandora se inicia para los griegos el concepto de «raza» de las mujeres: un colectivo aparte que recibirá a su vez un trato socio-políticamente discriminatorio. Dos versos de la *Teogonía*, nos señala Loraux, hacen las veces de partida de nacimiento de la mujer:

Porque es de aquella (la primera, llamada luego Pandora) que ha salido la raza de las mujeres en su feminidad. De ella ha salido la tribu de las mujeres, la raza maldita.¹

No por casualidad sabemos, por lo menos desde Simone de Beauvoir, que detrás de todo racismo hay un sexismo.

Las mujeres, sigue Loraux, derivan así de la mujer, de ese ejemplar único de cara a una colectividad ya constituida de los hombres; esa primera mujer *no es pues la madre de la humanidad* sino sólo la madre de las mujeres. En la práctica política esto significa la exclusión de las mismas de la *polis* griega y del derecho de ciudadanía. Ellas, en tanto que «raza» o «tribu» forman un colectivo aparte, una «unidad social» percibida como cerrada sobre sí misma.

Una ciudad principal, la futura Atenas, necesita darse un nombre que será a la vez el de sus ciudadanos, y el título se lo disputan Poseidón —ya mencionado— y Athénea. Una antigua leyenda

1 N. Loraux, 1981, 77.

decía que en dicha ciudad habían nacido al mismo tiempo un olivo y a corta distancia un manantial. El rey, asustado, consultó al oráculo de Delfos para aclarar el significado y la respuesta de Apolo fue que el olivo significaba Athenea y el manantial Poseidón, de modo que había que darle a la ciudad el nombre de una de las dos divinidades. El rey convocó una asamblea de ciudadanos y ciudadanas —porque las mujeres todavía participaban en la vida política— y mientras ellos votaron a Poseidón, ellas eligieron a Athenea, ganando por la mitad más una. Poseidón, enojado, inundó todas las campiñas de los atenienses. Para apaciguar su cólera,

... los hombres se vieron obligados a imponer a sus mujeres un triple castigo: primero fueron condenadas a perder su derecho al sufragio, después desautorizaron a los hijos para que siguieran llevando el nombre de la madre, y se obligó a éstas, por último, a renunciar al nombre de atenienses. Perdieron pues sus derechos de ciudadanía y no fueron más que *las mujeres de los atenienses*» (Cursiva V.S.)^I

Pero el desarrollo de los hechos no había sido tan fácil. La ciudad, además del nombre, necesitaba un fundador. Este fue Erictonio, hijo adoptivo de Athenea. Un nacimiento fuera de lo ordinario —brotó directamente de la Tierra, sobre la que había caído el semen de un dios, o sea que no tiene madre—, hizo que la diosa lo criara en su templo como madre adoptiva y fuera en razón de todo ello elegido como el *autóctono*, el rey fundador de la *polis* «gracias al cual el presente de la ciudad hereda sin ruptura el inmemorial pasado.» (Loraux, op. cit.).

Esta necesidad de conectar con un pasado lejanísimo, legitimador del presente, nos recuerda la de la línea directa con Dios que aparece tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Después de todo, a Zeus se le ha querido ver también como un proyecto de Dios Único, al estilo de Yaveh y del Dios-Padre cristiano. La línea directa con unos orígenes supuestamente puros hace que

^I Lafargue, 1977, 50.

se pierda el sentido histórico de los hechos y con ello el derecho o legitimidad de una reclamación. Las huellas del pasado quedan borradas en un *continuum* masculino y las mujeres no pueden rastrear entre un *antes* y un *después*.

La ciudad de Atenas queda pues denominada así en honor de la diosa pero la victoria es pírrica porque automáticamente las mujeres quedan privadas de nombre, incluso de aquel nombre que con su voto habían contribuido a inventar:

¿Qué es una *Ateniense*? Para mayor satisfacción de Wilamowitz¹ y de algunos otros —escribe Loraux— el mito responde: *Esta cosa no existe.*²

Los hombres son hijos de la tierra, y la tierra es a su vez la *patria*. Anular a la madre, negarla, es desmarcarse de la mujer, es condenar al colectivo femenino a la inanidad, al no-ser, y hacer realidad su preferencia: *sólo ellos y ellos solos* desde el comienzo del mundo. Esto representa también la autoctonía de Erictonos en Atenas. Respecto al tema de la soledad de los hombres, es particularmente interesante la cita y posterior comentario de Celia Amorós:

Vuelve a ser Hobbes quien da a este pensamiento su más clara formulación. «Consideremos que los hombres... surgieran ahora de la tierra, y de repente, como los hongos, llegaran a su madurez plena, sin ningún tipo de compromiso mutuo.» La hembra, la madre de la que todo individuo ha nacido, ahora es sustituida por la tierra, la negación de haber nacido de mujer libera al ego masculino del vínculo de dependencia más natural y más básico.

Los dioses se van repartiendo sus espacios públicos y lugares de poder (los templos) en función de los ministerios entre los que se distribuye el trabajo de ordenación de la sociedad: Ares, la guerra (hoy llamada Defensa); Hermes la información (hoy, Diplomacia);

¹ Autor especialista en la Antigüedad griega clásica. Loraux cita obras suyas que abarcan desde 1893 hasta 1959.

² N. Loraux, op. cit.

Apolo, la profecía (hoy, la Ciencia), etc. Las diosas, subordinadas de grado o por fuerza al poder de Zeus, detentan ministerios «menores», no porque lo sean en sí mismos sino porque en el nuevo orden patriarcal cumplen funciones que a éste le convienen. Atenea la Sabiduría, se inclina por la causa del Padre. Afrodita, el amor sensual, le proporciona jovencitas a su hijo Eros, el de las flechas y el carcaj, y es la pésima suegra de Psiché, otra de las hijas de Deméter. Las Musas tienen que «soplarle» alguna idea a los hombres para que ellos piensen algo interesante. Lucina se encarga de los partos. Y Eco repite lo que han dicho otros; puede que hoy sea periodista y trabaje en «ecos de sociedad». O es la noticia no legitimada por la Agencia: el rumor.

Después del mito, la tragedia griega es la documentación familiar más antigua que hoy se posee, teniendo en cuenta que los hechos que narran las obras de los trágicos por excelencia: Esquilo, Eurípides y Sófocles, tuvieron lugar algo más de mil años antes de que fueran escritos. En estos casos, cuanto más antiguo es el documento más próximo está a la verdad de los hechos pues no ha sido sometido a tantas adulteraciones como se irán acumulando después.

De la tragedia hay que resaltar necesariamente a una mujer que ejerce de Madre en la misma medida que lo hizo Deméter en tanto que diosa: Clitemnestra. También en ella tenemos un ejemplo de la última vez que nuestra Madre habló. La obra es de Esquilo, el escritor más lejano, y es una trilogía titulada *La Orestíada*. El escenario es una guerra real que hubo entre griegos y troyanos. Los/as protagonistas, una familia real cuyo padre se llama Agamenón y es almirante de la armada griega, y su esposa, Clitemnestra, mujer poderosa y de valiente espíritu. Tienen dos hijas y un hijo: Ifigenia, Electra y Orestes.

Agamenón, largo tiempo ausente de casa a causa de la guerra, pide a los dioses que el viento le sea favorable en una batalla que es decisiva, y ofrece para ello un sacrificio humano. Éste quiere la tragedia que recaiga en su hija Ifigenia. Las versiones posteriores de este hecho como siempre son varias y tienden a dulcificar o ate-

nuar el horror inicial. Lo cierto es que la doncella no tiene a su madre a su lado: está indefensa y es sacrificada.

Cuando Clitemnestra tiene noticia de lo ocurrido, su corazón de Madre se rompe de dolor... y de ira contra aquel que, haciendo uso de su autoridad de Padre, la ha privado de un ser tan amado, «sangre de su sangre.» Todavía los griegos no cuentan con tribunales y jueces que tercién en estos casos y la costumbre es que cada cual vengue a los de su propia sangre. De modo que Clitemnestra se dispone a matar a Agamenón a su regreso, y por su propia mano. Marido y esposa no son parientes, no son de una misma sangre, de modo que ella cumple con su deber de Madre, según la costumbre, al quitarle la vida al filicida. Es más, de no hacerlo, las Erinias, figuras femeninas en número de tres que velan para que se cumpla lo pactado, la perseguirían implacables. Clitemnestra habla pues con sus lágrimas, su protesta y su espada. Pero el orden patriarcal en ascenso la dejará muda poco después, no sólo físicamente sino en lo jurídico y en lo simbólico: será lisa y llanamente eliminada.

El hecho es que mientras la reina no era pariente de su marido, Electra y Orestes sí lo son del padre en tanto que hijos. Pero vengar al Padre significa matar a la Madre («¿a quién quieres más, a tu papá o a tu mamá?» se les pregunta todavía sádicamente a niños y niñas). La diatriba está servida y Orestes, instigado por su hermana (Electra es el modelo de mujer rival de su madre y traidora a su propio sexo) y por los dioses prestos a hacerse definitivamente con el poder, se apresta a matar a su madre. Luchan ambos a espada mientras ella le recuerda que lo trajo al mundo y lo amantó, sin que esto haga mella en el joven; en un descuido o flaqueza maternal, Orestes logra hundirle la espada y salir huyendo. Es a él a quien ahora las Erinias perseguirán por el terrible crimen cometido. Refugiado en el templo de Apolo, el hijo de Zeus que se ha hecho dueño del oráculo en Delfos después de asesinar el principio femenino allí reinante en forma de Serpiente Pitón, espera Orestes el primer juicio de la historia; un tribunal supuestamente imparcial, que escuchará a acusadores y defensores, y dictará una

sentencia que venga a sustituir la auténtica «venganza de sangre»: el Areópago.

La sentencia parecía insoslayable pues Orestes era confeso de haber matado a su madre. ¿Cómo podía pues ser absuelto? La «sabiduría» patriarcal tenía la respuesta: Orestes ha matado a una mujer, sí, pero ésta no era su madre: la madre no existe. La mujer sólo pone su organismo, su biología natural (animal) para que en ella crezca la semilla del hombre. El discurso queda sellado para milenios. Las madres son *mujeres porteadoras*, úteros extracorporales de los hombres, redomas de laboratorio masculino donde ellos deciden sobre la vida y sobre la muerte.

Apolo, hijo de Zeus, divinidad poderosa en el nuevo orden proclama:

...Reconoce tú (al coro) la verdad de mis razones. No es la madre engendradora del que llaman su hijo, sino sólo nodriza del germen sembrado en sus entrañas. Quien con ella se junta es el que engendra. La mujer es como huésped que recibe en hospedaje el germen de otro y le guarda, si el cielo no dispone otra cosa.¹

Y Atenea, re-nacida de la cabeza de Zeus, proclama sin ambages:

No tengo madre a quien deber la vida; favorezco siempre al sexo viril... Estoy completamente por la causa del padre. No puedo interesarme, pues, por la suerte de la mujer que ha matado a su esposo, *el dueño de la casa*.²

Mientras que verter la sangre materna era hasta entonces el mayor de los crímenes, a partir de este primer juicio, simultáneo a la creación del Areópago, ya no va a merecer castigo. Nos recuerda Paul Lafargue (*El matriarcado*) que ni Homero ni Virgilio ni Dante, ni ninguno de los visionarios cristianos que bajaron a los infiernos, nos hablan del suplicio reservado a los matricidas. No lo hay por-

¹ Esquilo: *Las Euménides*, cuadro segundo.

² Op. supra.

que ha desaparecido del catálogo de torturas infernales desde que la madre deja de ser el fundamento de la familia, y desaparece fagocitada por el Padre.

La razón jurídica, razón de Estado, asciende al Padre al poder eliminando a la Madre. ¿El argumento? En el nuevo orden los argumentos deben ser razonados y razonables para que mantengan una apariencia objetiva, pero ¿quién los elige? ¿quién determina que el contenido de un razonamiento sea tan veraz como lo es su formulación explícita? Siempre hay un detrás, un antes, una trastienda cuando la ética no se acompasa con la razón.

Transcurridos más de tres milenios desde los hechos que narra *La Orestíada* la investigadora R. Eisler (1987) nos recuerda que Herbert Spencer (s. XIX) «explicaba» la dominación del hombre con la afirmación de que las mujeres sólo son incubadoras del espermatozoides masculino.

De acuerdo que hasta mediado el siglo XX no se conoce la aportación real del hombre y de la mujer en la procreación de un nuevo ser: la mitad de su dotación genética. Exactamente, veintitrés cromosomas cada uno, de los cuales uno está destinado a dotar de sexo al embrión: X e Y. Dos XX equivale a un sexo hembra; XY equivale a un sexo macho. Las mujeres son homogaméticas, sólo tienen el cromosoma X; los varones son heterogaméticos, disponen de un X, recibido necesariamente por vía materna, y de un Y, recibido también necesariamente por vía paterna.

Ahora bien, ¿era necesario esperar a que el microscopio electrónico y otros instrumentos demostraran que las mujeres no sólo hacen una aportación genética simétrica con la del varón, y además gestan y paren «aquello» que sin su concurso sería un revoltijo de material biológico más bien propio de una alcantarilla, para que tuvieran derechos de ser humano completo, de existentes, de personas? Es más, ¿tenerlos, o que se los den los que ya los venían gozando?

El problema es de *criterio*. Si el criterio es biológico, las mujeres deberían estar ahora en posición dominante en virtud de ese *además* antes citado. ¿Y qué decir de que la vida misma dependa

del cromosoma X hasta el punto de que cuando falta un cromosoma sexual el individuo sólo es viable si se conserva un *equis* mientras que el Y masculino solo, tan solo como parece que desean estar los hombres, es letal y da lugar... a nada?

Imaginemos el colectivo de las mujeres gozando del poder en solitario... por el mismo razonamiento que los varones utilizaron durante milenios para justificar su absolutismo. Y que en el plazo de un siglo otro descubrimiento genético-biológico volviera a inclinar la balanza del otro lado. Absurdo. Como absurdo fue que los griegos, los romanos, después la Iglesia y por último la Ciencia buscaran ampararse en tan pusilánimes razonamientos. ¿O es que acaso ser sólo la «incubadora» del esperma masculino» como se creyó hasta nuestros días, no es de por sí importante, no es un compromiso con la vida y con la muerte, con el futuro? ¿no es un riesgo? Y si el hijo/a fuese adoptado, como los hombres se hicieron Padres tantas veces con hijos la medida ¿no es también una decisión humana, a largo plazo, de alto riesgo?

O sea que mientras los hombres podían adoptar a discreción, sin invertir su vanagloriado esperma, y merced a ello ascendían a la categoría superior de Padres, las mujeres muriendo incluso en algún parto no dejaban de ser «raza maldita», subhumanidad.

En la tragedia griega la figura del padre no está todavía sedimentada, de ahí que aparezcan a veces débiles o miedosos, impedidos del ejercicio de su paternidad o cometiendo errores que revierten contra ellos mismos, algo que no ocurre en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, donde ya han sido elegidos los «mejores». El ascenso a la Paternidad absoluta no le fue fácil al hombre ni siquiera después del matricidio.

Hemos visto a Agamenón asesinado como castigo a su abuso de poder paterno y privado incluso de las honras fúnebres propias de su rango.

Jasón, el protagonista masculino de *Medea* (Eurípides), necesita toda la ayuda de esta mujer poderosa y maga, de origen asiático, para cumplir sus hazañas. Ella le eleva a la categoría de Padre pues tiene con él un hijo y una hija. Pero cuando más fuerte se siente

Jasón, presto a deshacerse de aquella que se lo dio todo, pagando con la traición y el destierro los bienes recibidos, Medea lo reduce al más miserable de los estados al privarle de aquella princesa con la que aspiraba a tener otros hijos... y privándole también de los ya habidos, de los que ha tenido con ella misma. Este es el *quid* de la tragedia: Medea sólo puede desposeer de la paternidad a Jasón matando a los hijos de ambos... Cuando logra escapar, llevando consigo a sus hijos muertos, anuncia triunfante que aún puede tener más. No hay mujer, en cambio, para dar descendencia a Jasón, que acaba en la inanidad.

Otro padre impotente es Layo, el genitor de Edipo. Miedoso por la profecía del oráculo de que su hijo le matará un día, ordena asesinarle en cuanto nazca (despotismo paterno frente al derecho de la madre, Yocasta) y a partir de aquí contribuye a su propio desenlace trágico. No olvidemos que a Zeus no le ha sido revelado quién es la mujer a la que debe unirse para que el hijo nacido de ambos no le destrone, destronamiento que para un mortal significa la muerte, o sea, el parricidio. Edipo, juguete del destino, salvado clandestinamente por su madre y vuelto a ella años más tarde como esposo, se debate entre el mundo antiguo de la Madre y el nuevo del Padre, pero a ciegas, sin saberlo.

Su infortunio como hijo se continúa en su infortunio como padre. Sus dos hijos varones mueren matándose el uno al otro como rivales políticos en una de las siete puertas de Tebas. La genealogía masculina de origen incestuoso queda interrumpida. Las hijas, Ismene y Antígona, herederas del orden materno, tampoco tendrán descendencia. La primera, más débil, se inclina a obedecer el nuevo orden. *Antígona* (Sófocles), la fuerte, defiende el orden materno frente al modelo de Estado que representa Creonte, hermano de Yocasta y tío materno suyo. El tío materno es precisamente el pariente «de la misma sangre» que tenía que defenderla así como a ambos sobrinos, pero en el orden patriarcal prevalece la razón de Estado y ésta dicta en tal ocasión que sólo un hermano de Antígona será enterrado, el leal al partido vencedor. El otro quedará fuera de las murallas de la ciudad, pasto de los ani-

males, sin ninguno de los rituales funerarios que sirven para distinguir a los seres humanos de las bestias.

Antígona desobedece la ley que condena a muerte a quien la transgrede, y siguiendo la costumbre del tiempo materno, honra debidamente al difunto.

La hija de Edipo encarna el derecho natural materno, la díada Madre-Hija, y al mismo tiempo expone su vida por un varón que ya ha muerto, su hermano. Condenada a ser enterrada viva por Creonte, su tío, ella logra suicidarse antes. Pero el triunfo de Creonte es amargo como la hiel: su hijo, que se pone del lado de Antígona, se suicida con ella; la esposa de Creonte, después de reprocharle esta muerte y la de otro hijo que pereció en la guerra, también se quita la vida. La victoria del Padre-Estado es a costa de la soledad y de la muerte.

El diálogo Antígona-Creonte, en el que él le reprocha airadamente y con menosprecio que el gobierno de la ciudad no es asunto de mujeres, está atascado en un punto del que sólo acontecimientos todavía no ocurridos lo pueden desencallar. Cada uno representa un mundo: ella, el que se acaba; él, el que comienza, el patriarcal. Este último, como en todo acto reciente de asalto al poder, está más endurecido, y no le cabe la posibilidad del diálogo con el otro, del «ir al encuentro de». El antiguo, golpeado de muerte, sólo puede defenderse... o morir. Y ahí siguen Antígona y Creonte, inmortalizados por su discusión sin fin, a la espera de que sus mundos separados puedan reunirse un día y ellos descansar en paz.

«De aquellos polvos vinieron estos lodos» según bien dice el refrán, y en la Grecia clásica las mujeres son ya menores durante toda la vida. La familia (*oikos*) es la célula básica de la sociedad, por su función también económica. Pero quien sabe y decide cómo gobernarla es el hombre. La mujer, si se casa, es adiestrada por el marido como lo sería una empleada de confianza por el amo. La continuidad del *oikos* un hombre la puede conseguir incluso sin casarse, adoptando un hijo. (Elisa Ruiz, 1981).

La *kirieia* (tutela) es el término jurídico por el cual desde la

pubertad toda mujer es puesta bajo la vigilancia protegida de un hombre. Éste si permanece soltera es el padre, en su defecto el hermano consanguíneo o el abuelo paterno. Al casarse la *kiricia* pasa al marido. En cualquier caso y por parte de quien sea, la sufre *toda la vida*. La finalidad principal, dice Elisa Ruiz, es «disponer de una autoridad legal sobre el mundo femenino a fin de poder conservar el patrimonio en una línea genealógica.» Las principales atribuciones del *kirios* son:

- Dar a la pupila en matrimonio sin necesitar su consentimiento.
- Dejarla sin casar.
- Disolver su matrimonio.
- Oponerse a su divorcio.
- Cuando el *kirios* es su marido éste tiene la capacidad legal de dar a su mujer a un tercero.¹

No hace falta decir que la maternidad es un puro hecho biofisiológico y que bajo la *kiricia* las hijas no reciben de sus madres la formación para llegar a ser mujeres adultas —precisamente esto es lo que se quería impedir— ni las que ponían hijos/as para el marido eran otra cosa que $[m = f(P)]$.

Es probable que no una sino muchas mujeres se hayan hecho la legítima reflexión de Silvia Bovenschen (1985) en el párrafo que sigue y que cierra expresamente el apartado del mundo griego:

Por mucho que invoquemos a las viejas diosas madres (Afrodita, Deméter, Diana, y todo el resto de las amazonas de los perdidos imperios femeninos), su poder no puede llegar hasta nosotras porque sus imperios se han extinguido. Sólo la conciencia fundamental de que las cosas fueron una vez diferentes alivia un poco nuestra carga. Seguramente es muy importante que nos reapropiemos de momentos de potencial femenino de las culturas pasadas, sistemáticamente silenciadas en la historia masculina. Y el trabajo que está por realizar en ese campo es inmenso. (Subrayo esto para evitar malentendidos.) Pero cualquier intento por vincularlos directamente con nuestras expe-

¹ E. Riz, 1981, 55.

riencias en el siglo xx será inútil. Y si de todas maneras, forzamos una conexión directa será decididamente lamentable. Nos quedaremos con el perejil como método para inducir el aborto y de vez en cuando un remedio casero a base de hierbas.¹

En general no tenemos noticia de nuestras bisabuelas y tatarabuelas, ni información de cómo se conformaron sus vidas en el seno de la sociedad patriarcal. De las diosas y las heroínas en cambio, sí tenemos noticia; de su esplendor y de su decadencia, y aunque no se trata de rehacer los tiempos prepatriarcales, sí que ellos nos señalan la situación en que el devenir de las mujeres quedó paralizado. Aquel momento se convierte en referente, en punto de partida para seguir caminando hacia adelante. Tomando el ejemplo de Bovenschen, lo de menos es la forma de abortar sino que sean las propias mujeres las que deciden hacerlo si lo consideran pertinente, sin que tengan que manifestarse todavía hoy por las calles para reclamar a *otros* su derecho. Este hecho, por sí solo, pone de manifiesto que entre el ayer y el hoy no hay tantas diferencias. El vacío de la maternidad es una infamia que sigue ahí y que entra en colisión con una auténtica democracia, con los Derechos Humanos, con la inteligencia incluso si no es capaz de *pensar* un mundo a dos (hombre y mujer); o a tres (incluyamos a los menores); o a cuatro (también la ancianidad); o a cinco o a seis: a todas y todos.

¹ S. Bovenschen (1985) «¿Existe una estética feminista?». En Gisela Ecker (ed.) Trad. cast. Barcelona, Icaria, 1986, 21-58, 31-32.

Algunos paralelismos entre los orígenes griego y hebreo:

Griego	Hebreo
<ul style="list-style-type: none">• Del tiempo uránico hay en la tierra gigantes, cíclopes y titanes.	<ul style="list-style-type: none">• Presencia de gigantes sobre la tierra. No se indica su origen.
<ul style="list-style-type: none">• Deméter gobierna sobre la tierra y todo lo que crece en ella.	<ul style="list-style-type: none">• Adán es nombrado señor de la tierra y de todo lo que hay en ella.
<ul style="list-style-type: none">• Pandora es obra de los dioses, bajo el proyecto de Zeus.	<ul style="list-style-type: none">• Eva es hecha por Dios.
<ul style="list-style-type: none">• Hay dioses y diosas que se unen entre sí pero también con mortales.	<ul style="list-style-type: none">• Los hijos de Dios se unen con las hijas de los hijos de Dios, pero también con hijas de los hombres.
<ul style="list-style-type: none">• Prevalece la sangre de la Madre (hasta Clitemnestra). Después prevalece la sangre del Padre.	<ul style="list-style-type: none">• Se ha producido el «cambio de sangre». Prevalece la del Padre (sangre- semen). Se abomina de la sangre de la mujer, se ha convertido en «impura» y «peligrosa.»
<ul style="list-style-type: none">• El Padre es a la vez la Casa, es el «dueño de la casa», como se le reconoce por parte de las Erinias transformadas en el nuevo orden en Euménides.	<ul style="list-style-type: none">• «El pueblo se constituye a partir de una multitud de <i>casas del padre.</i>»

Lo que en el mundo griego es previo o está en transición, en el Antiguo Testamento ya ha cristalizado.

IV. DESPUÉS DE LA TRAGEDIA

Tomando la tragedia de Edipo como punto de partida Baguenard, Maisondieu y Métayer (1983) dibujan los tres triángulos siguientes:

Padre	Madre	Layo	Yocasta	Jefe	Patria ¹
Hijo		Edipo		Sucesor	

Los muestran como tres situaciones triangulares que pueden ser yuxtapuestas en metáforas superponibles e intercambiables.

En el último triángulo Madre y Yocasta ya han sido sustituidas por Patria. Del mismo modo que en la Santísima Trinidad católica el tercer elemento es el Espíritu Santo. Tratándose de triángulos la mujer de todos modos está excluida por definición, ya que la figura verdadera debiera ser un cuadrado pues en el triángulo falta... la Hija.

La historia edípica —dicen— historia real, de la realeza, tanto como drama familiar, es la bisagra que une el mundo político al mundo doméstico.

La sociedad moderna utiliza imágenes de poder (potencia)

1 J. Baguenard et al., 1983, 100.

paterno con el fin de justificar las formas de dominación política. (...) En el pasado, la metáfora parental ha permitido a numerosas sociedades asegurar la continuidad entre el poder familiar y el del Estado. (Richard Sennett, *Le Monde*, 18 octubre 1981).¹

Desde los monarcas de derecho divino hasta los capitanes al frente de la República, el proceso es repetitivo, siempre el mismo. Hay un elegido devenido el único del cual se espera toda protección, al estilo del brujo de las sociedades primitivas. Como ese *uno* no puede con el cumplimiento de todo el encargo, está condenado por las masas a ser devuelto y sustituido; entonces el ciclo recommienza, dicen B.M. y M. (op. cit.), conforme a las leyes del Gran Mecanismo descrito por Shakespeare.

El canciller alemán Helmut Kohl presidió ayer los actos del 50º aniversario del fallido atentado contra Adolf Hitler, elevando a los militares que participaron del hecho a la categoría de padres fundadores del Estado alemán de posguerra. (...) No fueron muchos, explicó el canciller, pero sí los mejores.²

Buscarse un amo es condenarse a la sumisión:

A fin de evitar ser devorados por él, los hombres no han encontrado por el momento otros medios que el de ofrecer (¿sacrificar?) a la mujer. Este sacrificio ritual permite continuar los juegos de la rivalidad y evitar que se acaben, faltos de combatientes, puesto que los «partenaires» masculinos están condenados a matarse entre sí (como Eteodes y Polinice, los hijos varones de Edipo, apunta V.S.) si no dominan a las mujeres.³

Y ellas siguen reponiendo los muertos en miles y millones de partos inútiles, para que puedan seguir matándose.

¿Por qué este sacrificio? se preguntan los autores citados. La

¹ Cita de Bagueard et al. Trad. cast. ad hoc Victoria Sau.

² C. Ramos. Berlín. *El País*, 21 julio, 1994.

³ J. Bagueard et al., 1983, 103.

primera explicación es el acta del «unisexo político.» Si el poder es masculino y la mujer queda excluida del mismo, no hay más poder que el del hombre sobre la mujer. Luego, además, los propios hombres caen en el poder de uno más fuerte. En ese caso los débiles no se salvan más que entregando sus posesiones, esto es, las mujeres, cuyo único rol es el de indicador de la potencia de los varones de los que son posesión. Al mismo tiempo ellas mantienen la discordia puesto que están en el origen de esa rivalidad.

¿Por qué algo tan aparentemente fácil de saber y conocer no suele traspasar los límites de círculos de personas expresamente interesadas en ello? Quizá la respuesta, a menos parte de ella, esté en la teoría del «mimetismo de apropiación» desarrollada por René Girard y que a la luz de lo dicho hasta aquí se hace mucho más comprensible.

Los hombres rivalizan entre sí por las mujeres (exponente de su poder) y el territorio. A su vez los procedimientos para hacerlo requieren elementos tales como vestuario, herramientas, animales y/o máquinas, etc., la rivalidad primaria se desplaza a la rivalidad para la obtención de estas cosas, en las que van involucradas personas, trabajo productivo así como sostenimiento y perfeccionamiento de todo ello. Inclusive los consejeros de cada rival y todo su grupo auxiliar: el hechicero de la tribu; el mago de la antigüedad; el astrólogo de ciertos imperios; el psicólogo o psicoanalista de la actualidad, etc.

La rivalidad por las mujeres en tanto que seres sometidos al Padre, está en el origen y es la causa de toda rivalidad, pero se va olvidando la huella a medida que el desplazamiento alcanza objetos aparentemente muy alejados, por ejemplo el poder sobre el armamento nuclear, el petróleo, el oro en tanto que *patrón* del dinero y así sucesivamente. La mimesis de apropiación divide a los individuos porque dos o más de ellos convergen sobre un mismo objeto, pero cuanto más se exasperan los rivales más fascinados quedan por su mutua rivalidad, con olvido incluso del objeto que la originó y la mimesis de apropiación se convierte en «mimesis de antagonismo.»

La mimesis de apropiación es contagiosa y cuantos más individuos hay polarizados sobre un mismo objeto más miembros de la comunidad no implicados todavía tienden a seguir su ejemplo.¹

Cuantos más encuentros rivales suscita el objeto (léase las mujeres, el territorio y las riquezas involucradas en el empeño) más aumenta su valor a los ojos de quienes se lo disputan; los observadores ya no ven el objeto sino la lucha entre rivales, el prestigio por el que se baten y los elementos acumulados con los que se revisten los antagonistas. La causa primera es la mujer y el eslabón último de la cadena, el honor.

De ahí que violencia y sexo vayan forzosamente de la mano, puesto que las mujeres son la vanagloria del hombre, un trofeo que es garantía de su virilidad, condición ésta imprescindible para ser Padre, o, al menos, padre virtual. Y los hombres que han puesto en ese lugar a las mujeres, las acusan luego de ser las culpables de que ellos tengan que luchar.

Las mujeres, por su parte, siempre son hijas de algunos de los Padres rivales, sea directamente, sea de alguno de los padres virtuales que trabajan con él y para él. O bien si han sido traspasadas por matrimonio o sucedáneo del mismo a otro Padre o varón del grupo auxiliar, son beneficiarias del Marido-Amo. En cualquier caso están condenadas a prescindir de la rivalidad del sexo que podría conducir a la liberación del suyo propio y el otro, y ser colaboradoras sumisas de la rivalidad entre Padres de la que ellas mismas son el objeto. Parte esencial de esa colaboración es suministrar hijos para la «pira sacrificial de la guerra» (Rascovski) pero también la pira sacrificial de la *paz* ya que esta última no es tal sino el paréntesis necesario para la reanudación de aquella, puesto que las condiciones para la supresión auténtica de la guerra no están dadas.

Aceptar la impostura de la Maternidad y ejercer de impostoras de la Madre es una tarea colectiva de las mujeres, dirigida y

¹ René Girard, 1978, 4. Trad. ad hoc V.S.

orquestrada por Padres de alto rango ya que un asunto de tal importancia como la Demografía y la Educación no puede ser dejado en manos de segundones.

Pero el imprescindible desempeño individual que la índole de esta labor lleva implícito, se les presenta a las mujeres como fruto de su libertad de decisión con la finalidad siguiente:

1.^a Que no se rebelen contra el ejercicio de la misma ocasionándole al Padre el trabajo añadido al de rivalizar con otro Padre: el de tener que someterlas, cuando el orden patriarcal da por hecho que ya están sometidas.

2.^a Impedir el aborto masivo, o incluso el infanticidio, como nuevas Medeas, de aquellos/as a quienes no puede darles la cuna económica, cultural y política que su dignidad de Madre requeriría. (Léase a este respecto la novela de Toni Morrison, premio Nobel de Literatura, *Beloved*).

Supuesta libertad de decisión que no traspasa los límites de la crianza. Ni del hogar.

Una parte secundaria, pero a la vez importante, de la obligada colaboración de las mujeres de ese Padre en permanente «rivalidad mimética», para seguir empleando el término de Girard, es la de aliviar las desagradables consecuencias de la misma. Y hay dos ejemplos por lo menos que pueden resultar paradigmáticos.

El primero, válido para cualquier período histórico, puede focalizarse en la conquista de América (en aquel momento era conquista y no otra cosa). Las mujeres españolas que iban a Indias para ser casadas con los conquistadores para que éstos pudieran tener acceso legal al lote de indios que les era repartido, veían con espanto que los maridos que les tocaban en suerte eran a menudo tuertos o mancos o estaban llenos de terribles cicatrices, faltos de una pierna, etc., por efecto de la guerra. Esta afrenta añadida tenía que ser sublimada por ellas convirtiéndose además de en sus esposas en sus lazarillos o «almas buenas.»

El ejemplo no queda fuera de lugar si tenemos en cuenta que un caso semejante fue motivo de una película inmediatamente posterior a la II Guerra Mundial, que obtuvo todos los *Oscar* posi-

bles: *Los mejores años de nuestra vida*. Allí eran esposas previas a las que se les «devolvían», en lugar de hombres, lisiados de todo tipo para que además, los protegieran y consolaran por el resto de sus días.

Un hecho análogo está teniendo lugar en la actualidad con soldados norteamericanos que intervinieron en la guerra del Golfo (1991) y que a su regreso a EE.UU. al engendrar nuevos hijos, sucede que se presentan en estos múltiples casos de patologías que afectan no sólo a dichos descendientes... sino a las madres en tanto que tales, y *en tanto que mujeres que ven condicionadas sus vidas como consecuencia de algo en lo que no tuvieron arte ni parte*.

Un grupo importante de mujeres, dedicado además *vocacionalmente* a esta tarea, son las enfermeras de hospitales de guerra. Ejercen de madre-función-del Padre o de pseudoesposas —también [f (P)]— con un empeño, energía y a veces incluso abnegación que, utilizados para suprimir los males que a posteriori remedian, no vislumbramos siquiera los buenos resultados que se hubieran obtenido.

Cuando Florence Nigthingale fundó, por decirlo así, la profesión de enfermera a raíz de la guerra de Crimea, estaba haciendo dos cosas al mismo tiempo, una emergente y otra sumergida.

La primera fue profesionalizar un trabajo tipificado como femenino, darle dignidad y demostrar que las mujeres *podían*.

La segunda, sin menoscabo de los méritos de la primera, fue contribuir a la orientación bélica que los hombres dan a sus vidas... con perjuicio también para las ajenas.

Puede que las palabras de Carla Lonzi expresen mejor el sentido de lo que aquí se quiere decir:

El inconsciente masculino es un receptáculo de sangre y de temor. Porque reconocemos que el mundo se halla habitado por estos fantasmas de muerte y vemos en la piedad el papel impuesto a la mujer, nosotras¹ abandonamos al varón para

¹ Este *nosotras* se refiere al grupo Rivolta Femminile de Milano, que había surgido en 1970.

que toque el fondo de su soledad.¹

Mientras las mujeres vayan de enfermeras, de cantineras, de prostitutas, a las guerras que los hombres organizan sin haberlas consultado, y contando además con los recursos humanos salidos de sus entrañas, está claro que están actuando como refuerzo positivo de aquellas. Más hipócritas que los varones, fingen estar horrorizadas por aquello que contribuyen a perpetuar al cumplir con la *piEDAD impuesta*.

Y mientras las madres, las hermanas, las novias, las esposas, los reciban piadosamente también si son los vencidos, clamorosamente si son los vencedores, la guerra perpetua, la matanza perpetua, están garantizadas.

1 Carla Lonzi, 1979, 46.

V. LA MATERNIDAD «POST FACTO»

Es la maternidad «a posteriori», la que llega demasiado tarde, cuando el daño ya está hecho.

«Aprende de mis errores, hija» dicen algunas madres en contradicción con la sabiduría popular que sabe muy bien que nadie escarmienta por cabeza ajena.

Se induce primero a las hijas a cumplir con sus «deberes femeninos» en connivencia con educadores, psicólogos, médicos, etc., y más tarde, cuando están crecidas, se les habla como si ellas fuesen a tener parte de la culpa de lo que les pase en el futuro, bajo la advocación del «ya te lo decía yo.»

Así en «Consejos a una hija para la vida» la reina Victoria de Inglaterra escribe a una hija casada ya y embarazada:

...todo casamiento es una lotería —la felicidad es siempre intercambio— aunque sea uno muy feliz; de todas maneras la pobre mujer es la esclava física y moral del marido. Eso siempre se me atraganta. Cuando pienso en una joven alegre, feliz, libre, y veo el estado doliente y afligente al que está condenada por lo general una joven esposa; que no puedes negar es la pena del casamiento.¹

El libro ya citado de María Cardinal (1975), patético en su denuncia

contra la madre, lo resulta más si cabe cuando la autora transcribe alguna de las justificaciones de aquella:

Escúchame bien: cuando un hijo se ha aferrado no se puede hacer nada para desaferrarlo. Y un hijo es algo que se atrapa en cuestión de segundos. ¿Me comprendes? ¿Comprendes por qué quiero que saques provecho de mi experiencia? ¿Comprendes que caemos en una trampa? ¿Comprendes por qué quiero prevenirte? ¿Comprendes por qué quiero que estés enterada y desconfíes de los hombres?¹

A partir de cierta edad de las hijas algunas madres insatisfechas con su vida vierten sobre ellas, tomándolas como confidentes, toda la amargura acumulada de una existencia frustrante; al mismo tiempo las advierten de los peligros que se ciernen sobre ellas si se enamoran o si se casan, o si ensayan alguna experiencia de pareja. Esas madres, por otra parte, no han hecho nada para modificar su propia situación. Los resultados, simplificando, suelen ser de dos clases:

Primero: La hija se hace rehén del victimismo de la madre y se convierte en su sostén emocional. Hay una cierta inversión de papeles. La madre encuentra refugio en la hija, y la hija hace de escudo protector de la madre frente al Padre, que ya no sabe cuál de las dos es su mujer. La hija pospone o elude su encuentro propio con el varón, y el despotismo o la insania del padre es contenida por dos mujeres en lugar de por una sola. Si hay más de una hija es posible que este rol recaiga sólo sobre una de ellas.

Segundo: La hija teme verse privada del sexo y del amor si escucha y hace caso del mensaje amenazador de su madre. Antes de que esto ocurra, temerosa de perder el tren de la vida, puede lanzarse en brazos del hombre menos conveniente de los que aciertan a pasar por su lado, en cuyo caso al poco tiempo se verificarán las profecías maternas. La hija aguantará ahora ya su propia

¹ AA.VV. (1970) *Las mujeres observadas*. Caracas, Tiempo Nuevo, 68.

¹ Cardinal, op. cit. 1976, 126.

situación deleznable hasta que, transcurrido un tiempo, la reconozca ante su madre y juntas recorran, en el mejor de los casos, el camino de la resignación y el fatalismo.

A escala individual la maternidad «post facto» presenta muchas variantes. Desde la madre que recoge los restos del naufragio matrimonial de una hija y recomienza con ella y los nietos una segunda maternidad, hasta la que la recusa haciéndola culpable de su fracaso con la frase lapidaria que dice: «si me hubieses hecho caso.»

La maternidad individual «post facto» consiste, de un modo u otro, en seguir ejerciendo de madres cuando ya no ha lugar, negando por lo tanto su adultez a las hijas, e incorporando ellas mismas un rol que es sólo temporal como si fuera una segunda piel. La relación madre-hija no llega nunca a la relación adulta-adulta, en la que cada cual sabe quién es pero ya no ejerce de ello porque ha dejado de ser útil y necesario. La maternidad interminable viene a ser una compensación de que no la hubiera en el origen, cuando debía; la prolongación artificial de la misma nunca cubre suficientemente la falta del principio, lo cual provoca grandes sentimientos de culpabilidad en las madres, que no encuentran dónde están los límites, y en las hijas por seguir necesitando a la madre y odiando a la vez esta necesidad.

A escala colectiva la «maternidad que llega demasiado tarde» es más dramática y fácilmente observable puesto que se ofrece a los ojos de toda la sociedad. Sin que ello suponga disminuir lo más mínimo el mérito y el valor necesarios para ejercerla, ¡cuánto patetismo en esas Madres de la Plaza de Mayo argentina, reclamando a los Padres los hijos/as que la evidencia daba por muertos! Patética la pérdida de esas vidas humanas en condiciones execrables, pero patética también la protesta silenciosa de esas madres destronadas, tan perdedoras como las hijas/os que reclamaban, y sin una respuesta de control del medio al estilo de la antigua Deméter.

Lo mismo puede decirse de las Damas de Negro de Yugoslavia; o de las «Madres contra la droga» organizadas en diversos lugares

de España, cuando ya los Padres de una alambicada organización social les han envenenado a los hijos.

Movilizar la maternidad «post facto» puede incluso ser una estrategia patriarcal cuando unos Padres quieren ocupar el lugar de otros... sin restituirle el suyo propio a las Madres.

Las madres-función-del-Padre están en su legítimo derecho de argüir, con palabras de Carla Lonzi (1970-72) lo siguiente:

No somos responsables de haber engendrado a la humanidad desde nuestra esclavitud: quien nos ha hecho esclavas no ha sido el hijo sino el padre.¹

Pero también Lonzi (op. cit) escribe en el prólogo del mismo libro que «nadie está *a priori* condicionado al punto de no poder liberarse.»

¿O es que no han leído la carta a las madres que inserta Christiane Rochefort (1976) en *Los niños primero*. He aquí el encabezamiento de la misma:

Queridas madres: ¿Vais a comprender finalmente que estamos todos en el mismo barco, vosotras y nosotros? ¿Que tenemos los mismos amos, que estamos atados a la misma cuerda, con los mismos nudos? Queremos decir: vosotras, todas las mujeres, y nosotros, todos los niños.²

Aunque la autora de esta misiva se hace portavoz de toda la infancia es al mismo tiempo *su* carta a la Madre, o sea, a todas las mujeres puesto que la Maternidad con mayúscula no se reduce al recinto de lo biofisiológico en que los Padres la mantienen secuestrada.

¹ Carla Lonzi, 1979, 40.

² Ch. Rochefort, 1982, 160.

VI. ¿DÓNDE ESTABAS, MADRE?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres firmaron el Contrato Social Masculino a tus espaldas y a las de todas tus descendientes?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres se repartieron la tierra en Imperios o Grandes Potencias, como en los tiempos de Zeus, Hades y Poseidón?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres decidieron que otros seres humanos que no eran ellos mismos se podían trasladar, exponer, vender, alquilar, prestar y hasta matar?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres proveyeron que el trigo no crecía para todos los humanos y que las tierras que dan leche y miel sólo son para unos pocos?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres decretaron la(s) matanza(s) de los Inocentes?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres acordaron que la Ley iría por un lado y la Justicia por otro?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres prohibieron que los Sentimientos fueran tenidos en cuenta al mismo tenor que la Razón, para evitar remordimientos?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres inventaron la mentira infamante de que la prostitución es el oficio más viejo del mundo?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres se reunieron en el *proyecto Manhattan* para dar a luz la bomba atómica?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres consintieron que el comandante del avión B-52 que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima lo bautizara con el nombre de su madre, Enola Gay, y la bomba con el de *little boy* (muchachito)?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres alumbraron la *solución final*?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres invirtieron el sentido de las palabras para perdernos y a la Mentira la llamaron Verdad, al Caos, Orden, a la Guerra, Paz?

¿Dónde estabas, Madre, cuando los Padres sodomizaron el Amor y lo llamaron después Debilidad?

¿Dónde estás, ahora mismo, Madre?

VII. LA IMPOSTURA

Si no hay Madre, ¿qué se ha hecho de lo genuinamente femenino que ella incorporaba? lo cual es como decir: si no hay Amor porque la fagocitación de la Madre sume a todas y a todos en el universo del Odio, ¿de dónde sale y dónde está el sucedáneo con el que los humanos se las arreglan todos los días para seguir viviendo? *Vivir sólo de Padre es letal*, o sea, imposible. Del mismo modo que no se puede dejar el agua (H_2O) sin el H_2 o sin el O, porque deja de ser agua, ¿dónde está el elemento escamoteado de la fórmula puesto que la humanidad sigue viva, aunque malherida?

Lo femenino permanece en la sociedad bajo tres aspectos o manifestaciones diferentes:

1. Por imitación, de modo que pueda ser institucionalizado en clave masculino-patriarcal:

- Religiones.
- Iglesias.
- Asociaciones benéficas y/o caritativas.

2. Permisividad de lo «femenino», tolerado por la pura fuerza de las cosas, pero en posición marginal, desvalorizado, inferiorizado:

- El amor maternal. El Estado cuenta con ello. En el fondo sub-

yace una crítica burlesca a ese amor a los hijos/as.

- La expresividad (emotividad).
- La intuición.
- El amor.

3. La feminidad prohibida - perseguida:

- La libertad de pensamiento.
- La libertad de elección (virginidad).
- La libertad de decisión.

1. Las religiones en el patriarcado son cuerpos doctrinales diseñados y pensados por hombres-Padre, para ordenamiento de la sociedad. Como es sabido, hasta tiempos recientes las leyes no han sido sociales sino divinas, o sea, indiscutibles, como todavía ocurre en buena parte del mundo, de modo que sus contenidos eran forma obligada de vida. En este cuerpo doctrinal está explícita o implícitamente indicado que las mujeres forman un colectivo subordinado. Dos religiones significativas por su extensión en el mundo, cristianismo e islamismo, así lo expresan. En la primera basta referirse a los «mandamientos de la ley de «Dios», uno de los cuales dice expresamente «No desearás a la mujer del prójimo». Queda descartado que la frase fuera redactada para el sexo femenino; queda claro también que ella es la «mercancía» que nos han descrito tantos autores y autoras desde Levi-Strauss, y que la mujer es una propiedad y el acceso a ella por parte de otro que no sea su propietario, un robo. La pregunta que sigue es: este mandamiento que se da sólo a los hombres, ¿es el único entre los diez o las mujeres han de pensar que ninguno de los otros nueve les competen?

Harto conocidos son los presupuestos islámicos respecto a ambos sexos. Y muy significativo el silencio de los medios de comunicación occidentales que si bien han aireado sin ambages la sentencia de muerte que pesa sobre el escritor Salman Rushdie, nunca se han preguntado públicamente lo que está en la mente de toda la sociedad: ¿qué dicen esos versos para ser calificados de

satánicos y objeto de persecución? ¿De alguna manera fueron considerados dictados por el demonio porque no se ajustaban a una religión propiamente del Padre?

Las Iglesias, no en sentido eufemístico sino en tanto que «jerarquía eclesiástica», están compuestas únicamente de hombres investidos de los correspondientes cargos y dignidades, con rituales periódicos que los confirman en su puesto a los ojos de la masa de fieles, y con vestiduras, ornamentos, cánticos y perfumes que los diferencian del resto de los varones... pero que recuerdan el «atrezzo» femenino. El catolicismo, en concreto, llama a la Iglesia «Santa Madre» y el celibato de los sacerdotes, castración simbólica, guarda cierta analogía con la que se imponen realmente ciertos sacerdotes de la India al servicio de una divinidad femenina, pero que no los hace por ello menos agresivos.

Este «afeminamiento» provocado permite que se acerquen las y los necesitados de consuelo, ternura, protección y amparo, en el que quedaron los hijos e hijas privados en su día de Madre. La herida de la orfandad que provoca la doctrina, es luego suavizada por el bálsamo de la fe; la esperanza y la caridad. Otra maternidad «post pacto» pero esta vez administrada, por los propios hombres. También los varones, en tanto que hijos, son beneficiarios de los bienes espirituales de la Madre Iglesia, pero las mujeres siempre han sido más numerosas. Dijo J.G. Frazer (1890) en *La rama dorada*, «los hombres hacen los dioses y las mujeres los adoran.» Puesto que la de la mujer es una doble orfandad como ya se ha dicho anteriormente, es lógico que las seguidoras sean más numerosas que los seguidores. Algo así debió de suceder en la Grecia antigua cuando su universo se dividió en dionisiaco y apolíneo. Las mujeres fueron las grandes seguidoras de Dionisos. Apolo era el gran dios patriarcal, solar, racional, que hablaba con palabras no entendibles para todos los humanos. Y Dionisos era la fiesta de los sentidos, la emoción. Pero ellas no se dieron cuenta de la trampa. La trampa es del orden de lo que hoy la escuela de psicología de Palo Alto (California) llama «ilusión de alternativas»: creer que porque se nos presentan dos alternativas son realmente dos, cuando en

realidad es una sola bajo dos formas distintas. La verdadera segunda alternativa está eclipsada. Dionisos nunca fue una verdadera alternativa de Apolo. No hay que olvidar que nació directamente del muslo de Zeus después de haber sido su madre fulminada.

Otro bálsamo importante para las/os desheredados del Padre es la beneficencia, en aquellas sociedades cuyo nivel de vida permita practicarla, incluso en el interior de ellas mismas. No es casual que en las mesas petitorias montadas con ocasión de alguna cuestión social haya sólo mujeres. Ellas piden porque representan en sí mismas la pobreza y el desamparo. También están al frente de instituciones benéficas, sean religiosas o laicas. No se buscan las causas de la pobreza social, sólo se alivian un poco las consecuencias, y para ello se utiliza a las propias mujeres excluidas del poder que ha producido la pobreza que luego procurarán remediar en parte, a título de favor.

G.P. Di Nicola (1989) dice que la expresión *maternidad ampliada*

...señala la extensión de los procesos de solidaridad familiar y social, que pueden considerarse también como hacerse cargo del otro, no por obligación jurídica y laboral, sino a causa de la preocupación ética que se deriva de la asunción personalista de la dimensión materna.¹

Incluye las conductas de *voluntariado* en múltiples niveles, desde lo local hasta lo internacional. Se caracteriza por la naturalidad y gratuidad del servicio prestado, como ocurre con la maternidad misma. Sirve para taponar los agujeros que crea *el fracaso del Estado del Bienestar*. Es una vez más una «maternidad sumergida», de pura supervivencia.

Hay toda una red de ayuda social, con una carga muy fuerte de energía afectiva y capacidad altruista de dar, que pasa por familiares, vecindario, amistades y gente desconocida, que da testimonio de que el ser humano no ha sido pervertido por el Padre en térmi-

1 G.P. Di Nicola, 1991, 60.

nos absolutos, pero que al mismo tiempo sostiene la sociedad del Padre que sin su ayuda se derrumbaría.

2. Resulta obvio que el Padre necesita hijos hechos y derechos, como se dice, y también que una vez nacidos no iba a entretenerse con las labores de la crianza, de la puesta a punto. Para esto estaba la propia madre, porteadora biológica primero y ahora porteadora de los valores de la crianza y la educación.

Sin amor no hay vida posible, esto ya quedó dicho. La psicología sabe muy bien que el alimento afectivo es imprescindible para que un bebé y luego un niño o una niña sobrevivan. Salvo casos especiales tales como ciertos miembros de la realeza y la aristocracia, o niños varones cuyo alto destino en el futuro así lo requería, la infancia ha pasado por el maternaje femenino: madres, abuelas, criadas, nodrizas, ayas... Toda clase de mujeres han enseñado a la infancia a hablar, caminar, comer, comportarse. Y la han socializado poniendo en ello amor.

La «guarda y custodia» de los hijos que la ley concede actualmente al padre o a la madre en caso de separación o divorcio, es de lo que han disfrutado las madres en general cuando no había tal separación y ellas creían que lo tenían todo. Ha sido frecuente oír decir a las mujeres que les gustaban los niños mientras eran pequeños, que hubiesen preferido que no se hicieran grandes, o que se embarazaban obra vez para volver a disponer de unos años de interacción con una criatura. Y es que durante unos años, a pesar de haberlos cedido para el linaje paterno y de educarles en la cultura dominante, habían gozado de un mayor margen de maniobra en su relación con ellos, precisamente porque es en esta etapa de la vida en la que los padres tomaron tradicionalmente más distancia.

Mabel Burin (1987) habla de la maternidad como de «el otro trabajo invisible.» El primero es la atención física, material; el otro, la psicológica: que un sujeto psíquico, la madre, haga de esta o este menor otro sujeto psíquico. Sin esta categoría, un ser humano no sería propiamente esto: humano.

Burin sigue diciendo que el trabajo maternal tiene una lógica,

la de la producción de sujetos, mientras que hay otra lógica que se dedica a la producción de objetos. La primera se rige predominantemente por la lógica de los afectos: el amor. La segunda por las leyes de la lógica racional. La configuración de ambas lógicas se produce en un momento histórico-social en que las mujeres y niños pasan a depender de los hombres. No obstante sería preferible decir que no es en este punto donde se configuraron sino donde *se separaron*, de modo que la producción de sujetos quedó devaluada ante la producción de objetos (bienes materiales) a que se dedicaron los padres. En la organización patriarcal se puede afirmar pues que *los objetos no están hechos para los sujetos sino los sujetos para los objetos* y que son estos últimos, por tratarse del producto de los Padres, a los que tienen que subordinarse los sujetos producidos por las madres-función-del-Padre.

Los sujetos psíquicos producidos por la madre adolecerán no obstante de falta de completud, porque la propia madre no es un sujeto completo en la medida que ha sido reducida a objeto que circula como mercancía entre el colectivo masculino. Lo cual explicaría la infantilización de toda la sociedad.

Nicole-Claude Mathieu (1977) ya hizo notar que la madre no era sujeto de la maternidad sino objeto de la misma. Y Susana Velázquez («Hacia una maternidad participativa») en el libro de Burin critica la biologización de la maternidad centrada en un cuerpo reproductor y cita el siguiente párrafo de un Documento del Centro de Estudios de la Mujer de Buenos Aires.

Habitualmente la salud de la mujer cobra sentido y es cuidada en función de su gesta (en las embarazadas, se refiere). Pero en estos cuidados indispensables ella es pensada más como un objeto que como verdadero sujeto de la maternidad.¹

Tomando como referencia la teoría de las dos lógicas de Burin (op. cit.) queda claro que el pensamiento racional se apodera por completo de la inteligencia y se sitúa del lado de lo masculino, mien-

1 En M. Burin, 1987, 335.

tras que la intuición se deja a las mujeres. Puesto que la producción de sujetos es inferior a la de los objetos, se da por supuesto que ni para el trabajo físico ni para el psíquico de la maternidad es necesaria la inteligencia y basta con la intuición. Y el círculo vicioso queda cerrado. También la inteligencia queda dividida, sobrevalorada una parte y desvalorizada la otra.

Racionalidad, por otra parte, no es equivalente a verdad o verdadero, pero en cambio circula como si así fuera. En un libro tipo manual sobre psicología de la personalidad, en el capítulo dedicado a diferencias de sexo-género los autores, reconocidos expertos, al referirse a «emocional» como antítesis de «racional» escriben:

A los hombres se les enseña a dar una explicación lógica de sus actos. La respuesta puede ser verdad o mentira, o una combinación de ambas, pero siempre lógica.¹

El amor maternal, como representación de lo femenino permitido, resulta paradójico:

- Se infravalora al declararlo instintivo (a pesar de que está demostrado que no lo es). No cuesta, no requiere esfuerzo, por tanto no tiene valor.
- Es una exigencia para las mujeres, a las que se acusará de «malas madres» y «desnaturalizadas» si no demuestran las formas de amor esperadas.
- Se ridiculiza con benevolencia paternalista cuando las demostraciones maternas de afecto (orgullo materno, preocupación juzgada excesiva, expresividad que se considera exagerada, etc.) sobrepasan las expectativas paternas (pediatras, maestros, psicólogos).

Es la maternidad bajo vigilancia.

3. En este apartado entran todas las acciones particulares o colecti-

¹ A.H. Buss y R. Plomin (1975) *El desarrollo de la personalidad*. Trad. cast. Madrid, Marova, 1980, 208.

vas llevadas a cabo por las mujeres como formas de resistencia al modelo patriarcal desde que éste quedó instituido. Puede decirse que no hay período histórico, desde las Amazonas hasta nuestros días, que no cuente con esa representación femenina que de mil maneras, incluso a veces por pasiva, ha expresado su desacuerdo con esta clase de organización; con ello han dado testimonio, supieranlo o no, de la Madre enterrada viva o secuestrada, como se prefiera.

Una de las piedras angulares de la resistencia es la libertad de pensamiento. Cuando el pensamiento dominante lo invade todo, lo penetra todo, al dominado le resulta casi imposible tener pensamientos aparte, de un orden diferente, porque no hay espacios mentales para ello. Lo más probable es que se piense *en contra de*, pero esto no es pensamiento libre todavía porque se apoya en lo dado sólo que para rebatirlo. Un ejemplo de pensamiento libre lo da Carla Lonzi en el siguiente aforismo:

En la realidad ardiente de un universo que nunca ha revelado sus secretos, nosotras quitamos mucho del crédito dado a los empeños de la cultura. Queremos estar a la altura de un universo sin respuestas.¹

La persecución del pensamiento libre suele ser implacable porque es un pensar adelantado; se le llama *utopía* desde hace bastantes años con desprecio para denegarle todo su valor.

Lysistrata, reescrita y rehablada por hombres (Aristófanes y los actores griegos que la interpretaban) ya tuvo la iniciativa libre de terminar con la guerra. Iniciativa que fue retomada en los últimos años sesenta bajo la fórmula «hacer el amor y no la guerra». Fracasó porque el modelo masculino de amor no existe y las mujeres perecieron bajo el peso del microconcepto referido únicamente a la conducta sexual, de impronta masculina además.

La libertad de elección es consecuencia de la de pensamiento; cuando había Madre en el mundo se llamaba *virginidad*. Es el

1 C. Lonzi, 1979. Aforismos: 15-20.

patriarcado quien convierte la virginidad en un hecho físico, para ellos pavoroso ya que las vírgenes han sido y son ridiculizadas y objeto de mofa, cuando no perseguidas y hasta asesinadas en tanto que mujeres que no han querido pasar por el abrazo patriarcal, y esta ha sido su elección.

W. Lederer (op. cit.) describe la virginidad como un estar en otro mundo, en otra realidad, poder pensar en lo que *podría ser*, no en lo que es o debería ser. Y es bajo este significado que expresa Luce Irigaray (1989) lo siguiente:

Para restablecer una elemental justicia social, para salvar la tierra de una total sumisión a los valores masculinos (que privilegian tan a menudo la violencia, el poder, el dinero), es necesario restaurar este pilar ausente en nuestra cultura: la relación madre-hija y el respeto de la palabra y la virginidad femeninas. Ello requiere una modificación de los códigos simbólicos, en particular del lenguaje, del derecho, de la religión.¹

La libertad de decisión sigue a las dos anteriores. Aunque lo ideal es que estas tres libertades estén cocordinadas, en la cotidianidad también aparecen como realidades independientes. Pueden haber fallado la libertad de pensamiento y de elección, y todavía poder decidir. Así sucede muchas veces en un embarazo, ni pensado ni elegido pero sobre el que habrá que decidir si se prosigue o no.

Es un caso paradójico, en este sentido, lo que ocurre en el seno de la prostitución, institución patriarcal destinada exclusivamente al sexo y de la que no se espera procreación. Muchas prostitutas, en cambio, tienen hijos. El mito de la maternidad aquí se estrella porque los hijos sin padre son considerados inferiores y tanto ellos como sus madres constituyen, en general, una población marginal que no sólo causa preocupaciones sociales y económicas al Padre, sino que pone de manifiesto lo que se quería ocultar: 1) un modelo que toma a unos seres humanos y desecha a otros; 2) un individuo no es nadie si sólo tiene madre, porque ésta no tiene el poder de

¹ Luce Irigaray, 1989, 123. Trad. *ad hoc* V.S.

dar cobertura simbólica a sus hijos.

A la incómoda decisión para el Padre de que las prostitutas decidan tener hijos se opone la decisión de interrumpir su embarazo de tantas mujeres que no pensaron o eligieron libremente, o simplemente se equivocaron y deciden rectificar.

La historia del control de los nacimientos por parte del Padre, con absoluto desprecio de la madre, es tan larga como el patriarcado mismo y permanecerá mientras éste exista. Es el poder de vida y muerte del Padre impidiendo el poder de dar la vida o no darla de la madre. Tiene infinidad de víctimas entre las mujeres, pero son la última expresión de lo materno-femenino que queda. La ejecución en la guillotina de Mm. Giroud, en 1943, bajo el gobierno de Petain, por *crímenes contra el Estado* por practicar abortos ilustra quien es el Amo todavía.

VIII. RECONCILIACIÓN

Y ahora soy
tan igual a ti, madre,
que no me reconozco en el cristal
de este retrato tuyo tan presente.
Si supieras que todo
lo que de ti he odiado y maldecía
ahora en mí lo descubro
tan extraño y reciente como el cerco
de una piedra en el agua, repetida.

Juana Castro (1994): «Cáliz»; fragmento.

De modo parecido, a Luisa Muraro (1991) le interesa menos criticar y le interesa más afirmar. Ella encuentra que el saber amar a la madre es el principio de un orden lógico, mientras que la crítica a solas no conduce a ninguna parte. Criticar es útil e incluso necesario, pero sólo si va seguido de una afirmación: «Yo afirmo que saber amar a la madre hace orden simbólico.»¹ La denuncia de la maternidad como impostura y la madre-función-del-Padre como

1 L. Muraro, 1991, 20-21.

impostora no puede ser retirada si se pretende que la Madre fagocitada vuelva y actúe. Hemos visto que el padre es Padre *incluso sin hijos* y que la maternidad está secuestrada en cambio en el recinto de lo biológico; esto quiere decir que las mujeres —y los varones, aunque a ellos les incumbe de otra manera— no tiene Madre en sentido trascendente sino sólo *pmère*, como dice Françoise Collin. Aun así, ¿qué hacer con las *pmères*, con las impostoras?

No son madres en el pleno sentido de la palabra, pero son mujeres. Prisioneras de la función; investidas, por la fuerza, de la misma; porteadoras de los valores del Padre; cobardes e hipócritas; cómplices de su abusador; ambiguas... Ellas tampoco tuvieron Madre. Ese es el paradigma: cada mujer no tiene Madre, incluida su propia madre. Y sus abuelas y bisabuelas, que tampoco la tuvieron: todas son huérfanas, todas reproducen un mismo destino, todas son *hijas*. De distintas edades y condiciones, pero todas *hijas*.

¿Se puede rescatar algo de ellas? De un modo o de otro han dado la vida; todo hablante es un nacido de mujer. En muchos casos, además, han cuidado, protegido, la salud; han velado en la enfermedad; han dedicado la mayor parte de su tiempo y de su motivación afectuosa a las funciones de maternaje. Puesto que un modelo cultural no cubre la realidad al cien por cien, por las rendijas entreabiertas del patriarcado, por algunas zonas más porosas, han deslizado incluso metamensajes, avisos en clave, señales de solidaridad madre-hija, de liberación. No, no se pueden echar en olvido tantas lágrimas, tantos retorcimientos, ni tampoco los arrullos, los halagos, los esfuerzos por quitar miedos y enjugar lágrimas.

El Padre sabe que ha proporcionado una madre difícil de amar, por eso en el exterior presenta la relación madre-hija como la más idílica; pero en el fondo sospecha, teme, que el amor se produzca a pesar de todo, y pone separaciones —un hombre entre ambas— y escarnece los diálogos, los encuentros frecuentes, las pequeñas complicidades, los secretos. Y lo vigila y controla y reconduce por medio de especialistas al uso, psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas, los modernos y ortodoxos gurus de las almas. El miedo atávico a la restauración de la diada madre-hija no le deja gobernar

tranquilo.

Hasta que entre madre e hija, entre mujer y mujer, a través de las generaciones no se extienda una línea de amor, confirmación y ejemplo, las mujeres errarán siempre en el desierto.¹

Pero amar a la madre es amarla «a pesar de todo», no con el amor que se entiende comúnmente sino con el amor-reencuentro después de una larga y dolorosa separación. En un sentido es la recuperación de la homosexualidad (de palabra) de la que hablaba Cristiane Olivier (op. cit.); la misma de la que se valieron los hombres al llevar a cabo el contrato masculino:

Por una paradoja que no lo es sino en apariencia, es en la interacción homosexual que la dimensión sexual adquiere un relieve social y no en la interacción heterosexual.²

Pero aun hay más. El amor a la madre no puede ser jerarquizante (para esto ya está el patriarcado). No se trata de amar a las «amables» sino a todas: las prostitutas, las que se fugaron, las infanticidas, las locas. Incluso, por mucho que repugne, las cómplices de los abusos sexuales sufridos por sus hijas, especialmente cuando el abusador es el padre. Así María Cardinal (op. cit.) al final de su libro, cuando la madre de sus odios, origen de su «locura», ha muerto y ella la visita en el cementerio, titula este apartado «La quiero».

Yo –dice– (yo, la loca, la no loca, la hija, la mujer), la (a usted, mi madre, la experta, la orgullosa, la demente, la suicida) quiero (el afecto, la unión, asimismo el calor, el abrazo y una vez más la dicha posible, la felicidad esperada).

Y esta declaración, este encuentro final, es toda una liberación:

¡Qué bien resultaba al fin querer a la luz del día, en primavera, abiertamente, después de la batalla terrible que habíamos librado! Dos ciegas armadas hasta los dientes, los garfios al descubierto, en las arenas de nuestra clase. ¡Qué golpes me había

1 A. Rich, 1983, 242-243.

2 S. Moscovici, 1975, 201.

asestado, qué veneno había destilado yo! ¡Qué salvajada, qué matanza!¹

¿Acaso Virginia Woolf y Silvia Plath no pasaron por esta reconciliación?

Sólo se puede amar verdaderamente a la madre si antes se la ha odiado. Porque la odiada es la impostora, mientras que la amada es la huérfana que hay en ella, la otra «hija mayor», tan hija como la hija misma. Ella hizo de madre como pudo. A veces se quitó la vida; a veces la asesinaron; en ocasiones se fugó y no se volvió a saber de ella; la violaban de vez en cuando; otras terminó en un psiquiátrico. Muchas, a pesar de todo, cumplieron como pudieron hasta el fin de sus días. Como los detenidos de un campo de concentración, estaban pasmadas por no saber qué hacían allí, quién las había puesto y por qué. Rodeadas de ollas, de niños, de horarios, de prohibiciones, de obligaciones, de parientes políticos, del qué dirán; economistas de la pobreza familiar, primeras en dar, últimas en pedir. Saliendo adelante a pesar de haber sido maltratadas, abandonadas, burladas, engañadas.

La madre «loca» o «alocada» también tiene un mensaje para la hija, como el caso de Alice D.:

Mi vida. Tu teatro cruel. Yo soy también tu espectadora preferida. Odiosa, detestable, brutal, mi madre a la que ya no podré amar, tú me revelaste un mundo descuartizado. La familia: una jauría de perros que se desgarran. El padre y el marido denunciados por haber dicho, durante tanto tiempo, palabras que parecían buenas y dulces, pero que se manifestaran amargas y engañosas.

(...)

Salida de ti, yo estaba agotada por tus novatadas, pero había adquirido para siempre el gusto de existir que me hace temblar.²

¹ M. Cardinal, 1976, 255.

² Alice D. «D'une folle à l'autre». En *Les Cahiers du Grif* (comp.) *Les enfants des femmes*. Bruxelles, Ed. Complexe, 1992, 113-122, 118.

Poder amar a la madre es tener libertad para poder amar a todas las mujeres. «La peor enemiga de la mujer es la mujer misma» dice el Padre. Y las mujeres, a coro, lo repiten: «*la peor enemiga de la mujer es la mujer misma*» (ya quedó dicho que hablan por boca de ganso). En todo grupo oprimido, cuando no se le ve salida a la opresión, la agresividad intragrupo aumenta porque la mayoría se identifica con el opresor y buscan en cambio en sus iguales los defectos que aquel les atribuye. Un grupo oprimido, si no ve escapatoria a su situación, cae en estado de indefensión y ve reducida su capacidad de razonamiento. Culpar a la persona más inmediata y acusarla además de presentar los rasgos que el opresor ha previamente atribuido y más tarde reforzado en los oprimidos, hasta moldearlos como él quiere, es poco inteligente y es carencia de amor. Es quedarse en la pura inmediatez de las cosas. Porque inteligencia y amor se refuerzan mutuamente y no al contrario, como quiere engañosamente hacer creer el discurso patriarcal. Son la agresividad y el odio las que bloquean las facultades intelectuales.

«Qui té amigues té fatigues» dice un refrán catalán, uno más de los que todos los refraneros tienen para educar a las jóvenes en la desconfianza hacia su propio sexo.

Es por esto que, como dice F. Collin (1977) «la resurrección de la mujer es la derrota de la *pmère*»... Dicho de otra manera, liberarse la mujer es, en sentido retroactivo, liberar a la madre, el mayor acto de amor que pueda darse. Porque la propia liberación indica que la madre-función-del-Padre no ganó la partida, de modo que quien la ganó en parte alícuota fue la huérfana que había en ella, la mujer sin más. Es como si la hija feminista —toda liberación humana pasa por el feminismo lo reconozca algunos/as a no— hubiese pagado la fianza para sacar a su madre de la cárcel, independientemente de que algunas madres no lo entiendan así y prefieran seguir en ella.

Serge Moscovici, en el transcurso de una entrevista concedida a la escritora danesa Susan Brøgger en 1978, le dijo cosas tan interesantes respecto al amor como la que sigue:

La igualdad y la libertad son sólo palabras. No conocemos realmente sus implicaciones. Nuestros diversos intentos de liberación sexual igualdad de derechos no son más que torpes tentativas y pequeños pasos hacia adelante en un mundo donde el verdadero problema es si el amor puede o no tener cabida en él.¹

Trascender el reduccionismo de un concepto del amor limitado exclusivamente *al amor sexual*, mejor aun, *heterosexual*, es contribuir a romper la estructura patriarcal, el *status quo*.

En uno de los aforismos del Manifiesto Carla Lonzi (1970) dice:

Los que detentan el poder afirman 'Amar a un ser inferior es parte del erotismo'. Mantener el *status quo*, por lo tanto, es su acto de amor.²

Es más noble odiar a la madre que amarla en tanto que ser inferior. Y en cambio se la puede incorporar al orden simbólico en tanto que mujer, «hija mayor» o «hermana mayor». Ese es el estadio en el que se inicia la reconciliación y todas sus consecuencias por venir. Entre tanto las mujeres se hacen de madres de sí mismas, pero no como víctimas sino porque ese es el punto de partida hacia la nueva Maternidad.

¹ S. Brøgger (1973) *Y libranos del amor*. Trad. cast. Barcelona, Caralt, 1978, 185-196, 196.

² C. Lonzi, 1979. Aforismos: 15-20.

A MI MADRE

¿Por qué no fui tu Madre para poder darte
la seguridad que todos te quitaban?
¿Por qué no fui tu Madre para ayudarte a encauzar tu apasiona-
miento, imaginación y fantasía?
¿Por qué no fui tu Madre y así poder ser el amor, la tutela
que ofreciera solidez a tus pasos por la vida?
No tuve habilidad para deslizarme hasta la espalda del Tiempo,
hasta su parte trasera,
y ponerme en la cola de las Madres, el por-venir, para ser la tuya.
No supe. No pude. No las había...?
Hija arisca, a veces hostil, generalmente contestataria,
pero que tú criaste con orgullo, con agrado y, sobre todo, con en-
tereza.
Tú, dos veces huérfana, y yo sin poderlo remediar
porque no estuve en tu infancia, ni en tu adolescencia, para conso-
larte.
Ni en tu juventud.
Porque no llegué a tiempo de enseñarte lo que ahora por fin sé
y que, paradójicamente he llegado a saber porque tú me pusiste en
el camino.
Creo que por fin eres Madre, y yo, tu Hija.

Autora anónima

IX. EL FUTURO ES MUJER

El sistema del patriarcado es una costumbre histórica; tuvo un comienzo y tendrá un final. Parece que su época ya toca fin; ya no es útil ni a hombres ni a mujeres, y con su vínculo inseparable del militarismo, la jerarquía y el racismo, amenaza la existencia de vida sobre la tierra. (Gerda LERNER *La creación del patriarcado*, 1986 y 1990).

El futuro es mujer porque el pasado fue mujer y el presente todavía es patriarcal. Hay un interés manifiesto, nada desinteresado, puesto al servicio de que «científicamente» se crea que el patriarcado ha existido siempre, negándole una historicidad que, de ser cierta, pone sobre la mesa un saber oficialmente prohibido: la existencia de la *secreta* guerra de los sexos y el temor de una revancha femenina después de milenios de resentimiento. Un ejemplo de este temor se encuentra en Freud, particularmente en *El tabú de la virginidad* (1917). El psicólogo americano Wolfgang Lederer le dedica un libro con múltiples referencias: *The fear of women* (1968). La antropóloga Mary Douglas lo analiza a partir de los conceptos de

¹ Este trabajo fue presentado verbalmente en las Jornadas Feministas que organizó la Casa de la Mujer de Zaragoza en 1992, y ha sido publicado en lengua gallega en la revista *Festa da Palabra Silenciada*, 1994, 10, 6-9.

«contaminación» y «tabú» en *Purity and Danger* (1966). Obras del siglo XIX tales como *El matriarcado*, de Bachofen, o *Las madres*, de Briffault, han sido desvalorizadas y ridiculizadas incluso por las mujeres, siguiendo consignas patriarcales no explicitadas de «echarle tierra al asunto» con la excusa de una metodología no válida así como de hipótesis de trabajo inadecuadas a la luz de los conocimientos actuales. Más allá de estos inconvenientes, la literatura acerca de tiempos prepatriarcales tiene numerosos datos de gran interés e interpretaciones dignas de ser revisadas. Dice un refrán castellano que «no hay que tirar el niño con el agua del baño», pero esto se ha pretendido hacer con esos y otros textos que nos hablan de «un tiempo de mujer». Felizmente, el tema no está cerrado sino que su actualización es una constante.

Desde un análisis constructivista se ha ido viendo la teoría de que la humanidad en algún momento de su desarrollo vivió el tránsito de una sociedad sin padre a un modelo de organización patriarcal. Esto puede explicarse, además de por las evidencias hasta aquí aducidas, por ser la intuición, global, y la cognición, secuencial. Referido este hecho a la procreación, es posible que durante mucho tiempo se intuyera que la generación era cosa de dos, pero la cognición acerca del proceso tal cual es fue posterior. En la fase intuitiva el otro de la mujer era un misterio inaprehensible —un espíritu, un designio mágico, etc.— de modo que sólo la Madre contaba como realidad palpable y la sociedad se organizaba alrededor de esta figura paradigmática.

La cognición de la contribución del padre, a pesar de que éste estuviera presente como genitor desde el principio, secuencialmente viene más tarde, de modo que diacrónicamente hablando los humanos no se sienten nacidos de hombre y mujer de una sola vez sino que se sienten hijos/as de madre primero y de padre después. El paso de la paternidad conocida al patriarcado es un movimiento de *reacción* en el sentido en que lo toma una de las acepciones del diccionario: «movimiento de oposición contrario a otro anterior.» La cognición del padre como genitor no es un saber acumulado más sino que se revuelve contra el pasado considerán-

dolo imperfecto. Y no sólo saca provecho de este nuevo conocimiento para el desarrollo de lo social sino que lo hace reaccionariamente, esto es, *contra* el pasado cuyo referente primordial es la Madre. Así, a un tiempo de mujer profundamente matrístico le sucede un tiempo de hombre profundamente patriarcal-reaccional, con todo el montaje cultural que requiere para su mantenimiento a la vez que con una fuerte carga irracional.

Resulta lógico, psicológicamente hablando, que un poder adquirido por la fuerza y mantenido durante milenios merced a una impostura —la supuesta imperfección de la mujer con respecto al varón— suscite temor en el grupo dominante, tanto más cuanto más tiempo transcurra, a la espera de que el grupo oprimido se tome su venganza. Más aún si tenemos en cuenta que quien ejerce de opresor no puede darse cuenta de cómo es realmente el oprimido por estar mediatizado por el miedo a la imaginaria respuesta de éste.

Parafraseando al escritor García Márquez podríase decir que el fin del modelo de sociedad patriarcal es «un fin anunciado». Como tal modelo ha tenido sus etapas de crecimiento y de meseta encontrándose desde hace más de doscientos años, en la cultura occidental, en franca decadencia.

Son una elocuente prueba del fin del patriarcado la mediocridad cultural y el «pensamiento débil» que tanta literatura ha generado. El fin de las ideologías —políticas, económicas, sociales— no es más que el fin del proyecto patriarcal que se fue desarrollando a través de los siglos y sobrevivió mientras tuvo algo que decir, mientras tuvo horizonte mental. Ahora bien, ideologías, teorías, filosofías, a pesar de que contribuyeran a cambios no desdeñables, a pesar de que presentaran avances en las formas de pensamiento como tales, estaban tocadas de un mal de muerte: eran (son) el producto de media humanidad contra la otra media. La guerra de los sexos, disimulada, sumergida, negada incluso, empobrece la obra masculina y la hace fracasar: las religiones sólo pueden mantener su impostura acerca de la mujer entre grupos interesados, fanáticos, o muy poco preparados¹; los socialismos (U.R.S.S., China,

Vietnam, etc.) o se derrumban como un castillo de naipes o se mantienen en un «tour de force» paradójicamente nada socialista; el capitalismo occidental, ahora hegemónico, se alza con una democracia sexista, en la que las mujeres todavía tienen sus cuerpos vigilados y controlados por el poder, y donde no hacen todavía las leyes que sí en cambio sufren ellas mismas. El ciclo toca a su fin. El patriarcado empezó con un capitalismo de base humana (la madre como mercancía y el/la hijo/a como plusvalía) y territorial, y ahora sobrevive, ampliado y generalizado, a muchos objetos de codicia, así como a grupos humanos que ya no son en sentido estricto la madre y el/la hijo/a, pero manteniendo en su núcleo las mismas premisas patriarcales de entonces. El modelo, en este sentido, sigue siendo pues psicológicamente reaccional y políticamente reaccionario, lo cual es su herida de muerte, aunque la agonía sea larga.

Por esto «el futuro es mujer», como señalaba el título de una película del director italiano Marco Ferreri. Ello no quiere decir que se cambien simplemente las tornas, lo cual no tendría demasiado sentido. Sino que la mujer, agotado el pensamiento patriarcal, es quien lleva ahora la iniciativa, al menos por un tiempo. El pensamiento femenino no es débil sino que, al contrario, tiene mucho que decir.

A la primera fase del proceso que vamos describiendo se la puede llamar de *indiferenciación* (la madre no tiene un otro, el padre, de quien diferenciarse, y ella es una especie de absoluto); la segunda fase, la *patriarcal*, es la que marca la diferencia de los sexos, pero para jerarquizarla y anular a uno en beneficio del otro. Vuelve pues a haber un absoluto, esta vez masculino y cultural: el Padre en tanto que patriarca, es decir, detentador de un poder que él mismo se encarga de autolegitimar. Pero esta segunda fase no es equivalente a la primera. En la indiferenciación las cosas son como son no por estar *contra de*, así que no fue un período reaccio-

1 Véase el caso de la persecución del escritor Salman Rushdie y su obra *Los versos satánicos*. Versos que por cierto hacen referencia a una Diosa-Madre que quizá debía compartir el poder con Alá.

nal. El patriarcal sí lo es, y esto lo hace perecedero; no se puede vivir *sine die* en reacción: o hay cambio o hay muerte; el propio cambio es una muerte simbólica del modelo. La tercera fase puede ser llamada *reconciliación*.¹ Se reconocen las diferencias, se asumen por ambas partes, se desjerarquizan. Cada cual tiene capacidad para legitimar al otro; las personas no son idénticas pero sí equivalentes. La economía, las leyes, las instituciones han de adecuarse al nuevo modelo de relaciones humanas, de sociedad, en definitiva.

¿Qué clase de resultado podemos prever de todo lo dicho? Debido al impulso de las mujeres algo de todo esto se está desarrollando ya ante nuestros ojos, pero la tarea es ardua y compleja. Es más fácil odiar que amar; es más fácil robar que producir; es más fácil agredir que dialogar. El Padre eligió el camino fácil, que como suele ocurrir se vuelve el más difícil con el paso del tiempo.

Baguenard, Maisondie y Métayer (1983) detectan tres cambios o transformaciones fundamentales que se están produciendo ya en la sociedad y que, bien entendidas, son variantes de uno solo que los engloba:

a) La desacralización de la imagen paterna.

b) El «descubrimiento» de la infancia, como grupo social con derechos.

c) La revalorización de la mujer.

Todos se producen a la vez, de forma sistémica, están interrelacionados. Sin madre —madre desplazada y/o fagocitada por el padre— no hay seguridad para el hijo. Dice Lorite Mena:

La domesticación del hijo siempre ha tenido como supuesto (inconsciente quizás; incuestionable, ciertamente) la domesticación de la mujer como propiedad.²

Sólo desacralizando al patriarca podrá ejercer la Madre, y sólo si emerge la Madre será revalorizada la mujer, en tanto que hija. Y la

1 Hegel denomina así el tercer paso de la dialéctica.

2 Lorite Mena, 1987.

infancia en general no tendrá que ser domesticada para que siga perpetuando el mismo estado de cosas. Es más, podrá aparecer el padre no como patriarca sino como par de la madre.

De este futuro cuya vanguardia son las mujeres se destacan tres aspectos fundamentales:

1. La instauración de la maternidad como hecho psico-socio-cultural, trascendente. La sociedad es tal porque hay grupos de edad menores a socializar, sólo que hasta ahora sólo se socializa, se hace ingresar a cada nuevo ser en la cultura, en nombre exclusivamente del Padre, a cuya única medida está hecha además esta cultura a la que deben adaptarse todas/os. El debate sobre una maternidad entendida no biológicamente sino trascendida a lo económico, político, social, etc., es la gran apuesta de las mujeres para que deje de ser verdad la afirmación de Beauvoir de que los hombres detentan el poder porque arriesgan la vida, mientras las mujeres no la arriesgan sino que sólo la «dan». Temas como la interrupción del embarazo, las nuevas técnicas en reproducción humana, la demografía y la distribución del trabajo y los recursos entran en este apartado.

2. Las mujeres deben darse un Nombre; hay que trascender de la esencia a la existencia. No se puede seguir siendo el apósito de otro. El nombre, a su vez, permitirá la genealogía de la que ahora se carece: esto significa ser personas de derecho, ser sujetos históricos, ser agentes socio-culturales.

Temas como la división del trabajo por sexos, la coeducación, la filiación, el sistema de representaciones, son propios de este apartado.

3. Desembarazarse de la «personalidad modal», propia de los grupos oprimidos, que consiste en una cierta homogenización de sus componentes en función de las características que les atribuye el grupo dominante.

Esta «personalidad modal» ha dado a las mujeres la comprensión de que pertenecen a un colectivo con problemas comunes a resolver, y la posibilidad de una puesta en común de los mismos para su solución. Ambos fenómenos repercuten en la aparición de

las diferencias individuales entre las mujeres, por encima de la semejanza global; diferencias que hay no sólo que aceptar sino celebrar, y que llevan al diálogo, y al debate si es necesario, para la consecución de objetivos que de antemano se sabe que no han de ser de carácter rígido ni autoritario.

Temas como la sexualidad, la maternidad, los intereses vocacionales y profesionales, el estilo de vida, las diferencias transculturales, son características del tercer aspecto.

BIBLIOGRAFÍA

De la autora sobre el mismo tema

- SAU, Victoria: «Maternidad», en *Diccionario ideológico feminista*. Barcelona, Icaria, 1990² (1.ª ed., 1981)
- «La desprivatización de la paternidad», en *Aportaciones para una lógica del feminismo*. Barcelona, LaSal, 1986², 52-61 (1.ª ed., 1982)
- «Las redes del parentesco» y «El vacío de la maternidad», en *Ser mujer, fin de una imagen tradicional*. Barcelona, Icaria, 1986 (a)
- «Maternología», en op. supra. Barcelona, Icaria, 1993² [1.ª ed. 1986 (b)]
- «La ética de la maternidad», en L. LUNA (ed.): *Mujer y sociedad*. Barcelona, Seminario Interdisciplinar sobre la Mujer, U.B., 1991.
- «La maternidad: una impostura». *Duoda*, 6 (1994 a) 97-113.
- «Madre, matrona, madreterna». *Text i Context*, 10 (1994 b), (Col·legi de Psicòlegs).
- «¿La maternidad era esto?» En *Full informatiu*, 13, Ajuntament de Barcelona, 1995 (a).
- «Maternitat i Cultura». Barcelona, II Univ. d'Estiu, ICD, 1995 (b) (en prensa).

General

- AMORÓS, Celia: «Hongos hobbesianos, setas venenosas.» *Mientras tanto*, 48 (1992), 59-67.
- BADINTER, Elisabeth: *¿Existe el amor maternal?* Trad. cast. Barcelona, Paidós-Pomare, 1981 (Ed. original 1980).
- BAGUENARD, J., J. MAISONDIEU y L. METAYER: *Les homes politiques n'ont pas d'enfant*. París: P.U.F., 1983.
- BAKER-MILLER, Jean: *Hacia una nueva psicología de la mujer*. Trad. cast. Barcelona, Argos-Vergara, 1978 (Ed. original 1976).
- BEAUVOIR, S. de: *Una muerte muy dulce*. Trad. cast. Buenos Aires, EDHASA, 1977 (Ed. original 1963).
- BERGER, Denis: «Mouvement ouvrier, femmes, pouvoirs». En Michèle RIOT-SARCEY (dir.): *Femmes, pouvoirs*. París: KIME, (1993), 108-124.
- La Biblia* (Versión directa de las lenguas orientales de E. NACAR y A. COLUNGA), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1963¹⁴.
- BRIFFAULT, R.: *Las madres*. Trad. cast. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1974 (Ed. original 1927)
- BURIN, M.^a: «La maternidad: el otro trabajo invisible». En *Estudios sobre la subjetividad femenina*. Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano, 1987.
- CARLONI, Clauco y Daniela NOBILL: *La mauvaise mère*. París, Payot, 1977 y 1981 (Trad. del ital., 1975).
- CATALA, M.: «Las paradojas de la maternidad: el imaginario mujer», en *Reflexiones desde un cuerpo de mujer*. Barcelona, Anagrama, (1983) 80-101.
- COLECTIVO: *La maternité esclave*. París, Col. Les Ciméres, 1975.
- COREA, Gena: *The mother machine*. New York, Harper & Row, 1985.
- CHESLER, Phylis: «Deméter revue». En *Les femmes et la folie*. Trad. franc. París: Payot, 1975, 11-18 (1972).
- CHODOROW, Nancy: *El ejercicio de la maternidad*. Trad. cast. Barcelona, Gedisa, 1984 (1978)
- DI NICOLA, Giulia Paola: *Reciprocidad hombre/mujer*. Trad. cast. Madrid, Narcea, 1991 (1989).

- EISLER, Riane: *El cáliz y la espada*. Trad. cast. Santiago de Chile, Cuatro Vientos, 1990 (1987).
- ESQUILO: *La Orestíada*.
- EURIPIDES: *Medea*.
- FOUCAULT, M., y otros: *Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano...* Trad. cast. Barcelona: Tusquets, 1983² (1973).
- FRIDAY, N.: *Mi madre, yo misma*. Trad. cast. Barcelona, Argós-Vergara, 1979 (1977).
- FRYDMAN, René: *Les procréations médicalement assistées*. París, P.U.F., 1991.
- GADAMER, Hans-Georg: «L'image du père dans la pensée grecque», en TELLENBACH (dir.) *L'image du père dans le mythe et l'histoire*. París: P.U.F., 1983, 129-144 (Trad. del alemán, 1976).
- GIANINI BELLOTTI, Elena: *Les femmes et les enfants d'abord*. Trad. franc. París: Seuil, 1983, 53-65 (1980).
- GIRARD, René: *Des choses cachées depuis la fondation du monde*. París, Grasset, 1978.
- GONZÁLEZ DE CHÁVEZ, M.^a Asunción (Comp.): *Cuerpo y subjetividad femenina*. Madrid, Siglo XXI, 1993.
- GRAVES, Robert: «¿Qué es lo que no ha ido bien?», en *Los dos nacimientos de Dionisio*. Trad. cast. Barcelona, Seix Barral, 1980 (1964).
- HERITIER, Françoise: «Le sang du guerrier et la sang des femmes. Notes anthropologiques sur rapport des sexes». *Les cahiers du Grif*. 29 (1984-85).
- HESÍODO: *Teogonía. Los trabajos y los días*.
- HIERRO, Graciela: *Ética y feminismo*. México, Univ. Nacional Autónoma de México, 1985.
- IRIARTE, Ana: *Las redes del enigma*. Madrid, Taurus, 1990.
- IRIGARAY, Luce: «Le mystère oublié des genealogies féminines», en *Le temps de la différence*. París: Librairie Générale Française, 101-123 (1989).
- *El cuerpo a cuerpo con la madre*. Trad. cast. Barcelona, LaSal, 1985 (1981).

- KNIBIEHLER, Yvonne: «Mères, pouvoirs», en M. RIOT-SARCEY (dir.) *Femmes, pouvoirs*. París: KIME, 1993, 32-44.
- KNIBIEHLER, y C. FOUQUET: *Histoire des mères*. París, Hachette, 1982.
- KURNITSKY, Horst: *La estructura libidinal del dinero*. Trad. cast, Madrid, Siglo XXI, 1978 (1974).
- LACOSTE-DUJARDIN, Camile: *Las madres contra las mujeres. (Patriarcado y maternidad en el mundo árabe)*. Madrid, Editorial Cátedra (1993).
- LAFARGUE, Paul (S. XIX), *El matriarcado*. Madrid, Libros Dogal, 1977.
- LEMKE, Werner: «L'image du père dans la poésie de la Grèce», en TELLENBACH (dir.) *L'image du père dans le mythe et l'histoire*. París, P.U.F., 1983, 145-168 (Trad. del alemán, 1976).
- LONZI, Carla: *Escupamos sobre Hegel*. Trad. cast. Buenos Aires, La Pléyade, 1979 (1972).
- LORAUX, Nicole: *Les enfants d'Athéna*. París, Maspero, 1981.
- MARTIN SAGRERA: *El mito de la maternidad en la lucha contra el patriarcado*. Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 1972.
- MORRISON, Toni: *Beloved*, Trad. cast. Barcelona, Eds. B.S.A., 1993, (1987).
- MOSCOVICI, Serge: *Sociedad contra natura*. Trad. cast. México: Siglo XXI, 1975 (1972).
- MURARO, Luisa: *L'Ordine simbolico della madre*. Roma, Editori Riuniti, 1991.
- NEUMANN, E.: *The Great Mother. An Analysis of the Archetype*. Princeton University Press, 1963.
- OLIVIER, Christiane: *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*. Trad. cast. México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 1.ª reimpr. 1987 (1980).
- ORTIZ-OSÉS, A. y F.K. Mayr: *El matriarcalismo vasco*. Bilbao, Universidad de Deusto, 1980.
- PERLITT, Lothar: «Le père dans l'Ancien Testament», en TELLENBACH (dir.) *L'image du père dans le mythe et l'histoire*. París, P.U.F., 1983 (Trad. del alemán, 1976).
- RASCOVSKI, Arnaldo: *El filicidio*. Buenos Aires, Orión, nueva ed. corregida y aumentada, Barcelona, Paidós-Pomare. (1975, 1981)

- RICH, A.: *Nacida de mujer*. Trad. cast. Barcelona, Noguer, 1978 (1976).
- RICHE, A. (1980), *Sobre mentiras, secretos y silenciosos*. Trad. cast. Barcelona, Icaria, 1983.
- RIENCOURT, Amaury de: *La mujer y el poder en la historia*. Trad. cast. Caracas, Monte Ávila Ed., 1977 (1974).
- ROCHEFORT, Christiane: *Les enfants d'abord*. Trad. cast. *Los niños primero*. Barcelona, Anagrama, 1982² (1976).
- ROJAS MARCOS, Luis: *La pareja rota*. Madrid, Espasa Calpe, 1984, caps. 2 y 3.
- RONSIN, Francis: *La grève des ventres. (Propaganda néo-malthusienne et baisse de la natalité en France 19e.-20e. siècles)*. París, Aubier Montaigne, 1980.
- ROSOLATO, Gui: *Ensayos sobre lo simbólico*. Trad. cast. Barcelona, Anagrama, 1974 (1969).
- RUIZ, Elisa: *La mujer y el amor en Menandro*. Barcelona, El Albir 1981.
- SÁEZ BUENAVENTURA, Carmen: *¿La liberación era esto?* Madrid, Temas de Hoy, 1993.
- SANGS: *Romantisme*, n.º 31, París, ed. Sedes, 1981.
- SAUVY, Alfred et al.: *Historia del control de nacimientos*. Barcelona: Ediciones 62, 1972 (Trad. de *La prévention des naissances dans la famille*, 1960).
- SIMENON, Georges: *Carta a mi madre*. Trad. cast. Barcelona, Tusquets, 1983.
- SÓFOCLES: *Antígona*.
- SWIGART, Jane: *Le mythe de la mauvaise mère*. París, R. Laffont 1990.
- TELLENBAC, Hubertus (dir.): *L'image du père dans le mythe et l'histoire*. París, P.U.F., 1983 (Trad. del alemán 1976).
- TUBERT, Silvia: *Mujeres sin sombra*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1991.
- VILAINE, Ane-Maire de: *La mère intérieure*. París, Mercure de France, 1982. (Prólogo, pp. 7-16).

